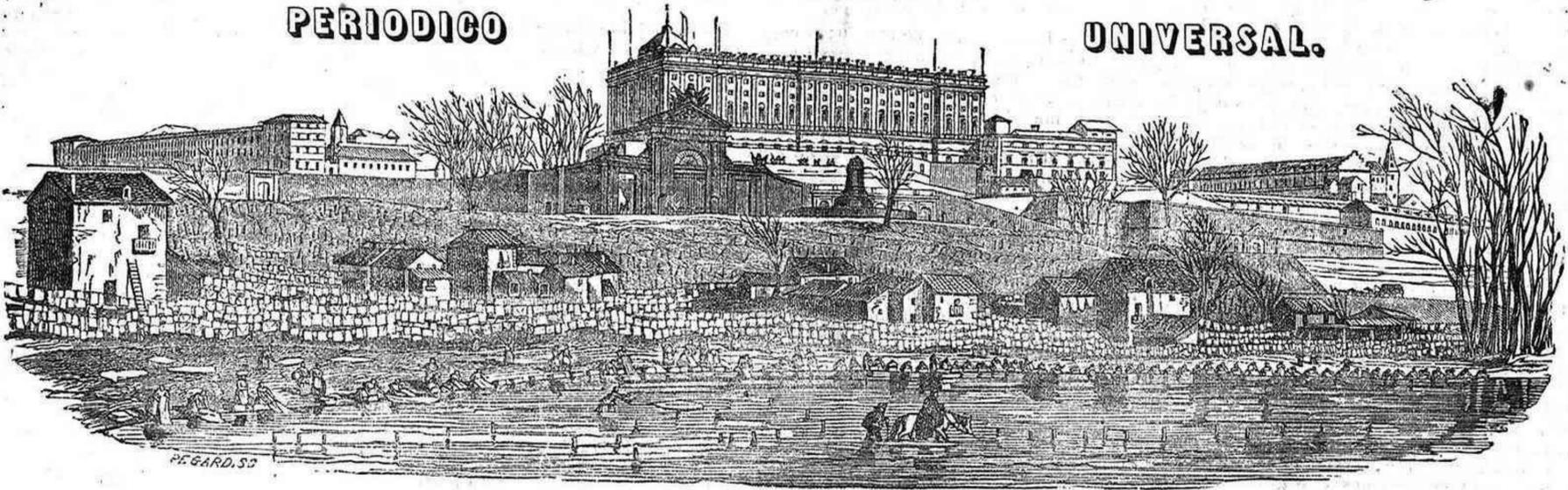


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 51.—SÁBADO 18 DE DICIEMBRE DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

POESIA.—ELOCUENCIA.

ARTÍCULO ÚLTIMO.

El poeta puede imitar con mas facilidad que el orador, lo cual le ofrece grandes ventajas.

Como esta indicacion toca á un punto de mucha importancia, preciso se hace dedicarle algunas consideraciones.

La mas completa originalidad viene á ser en el fondo una imitacion; pero no de los hombres, sino de la verdad, de la realidad, de la naturaleza. El primero que haya descrito nuestros afectos, y las escenas de todo género con que el mundo nos brinda en espectáculo; el que primeramente ha hablado en poesía, ese fué absolutamente original. Así que es indudable que la poesía, lo mismo que el lenguaje en general, poseen mas espontaneidad, mas pasion, mas analogía con los objetos á que se adaptan, á par que mas sencillez, mas energia en el período primitivo de su existencia. A medida que las lenguas adelantan y se perfeccionan, y que la filosofía adquiere preponderancia llevando por donde quiera la investigacion, el análisis y el rigor ideológico y dialéctico, la poesía pierde un tanto de su antiguo colorido, y participa de nueva indole y nuevas formas, conservando no obstante su esencia y su fisonomía particular, y plegándose á la vez á las vicisitudes y carácter de cada nacion y de cada centuria. En el actual estado de nuestra civilizacion, el poeta no puede prescindir hasta cierto limite en sus composiciones, de tomar ó el asunto de algun antecesor ó contemporáneo; ó algun pensamiento ó pasaje; ó seguir en parte las huellas de uno ó mas autores, cuya lectura predilecta le sugiera reminiscencias

involuntarias; unas veces encontrará que concepciones de su cabeza han sido ya explotadas anteriormente; otras veces se le ocurrirá producir una obra desempeñada por varios escritores en épocas diferentes.

Esa creacion omnívota y bajo todos aspectos independiente, es un suceso raro; puede aplicarse aquí lo que dicen los economistas: «El hombre no crea ni un átomo de materia ó de riqueza; solo trasforma la existente, dándole otra utilidad, otros usos, y aumentando su valor.»

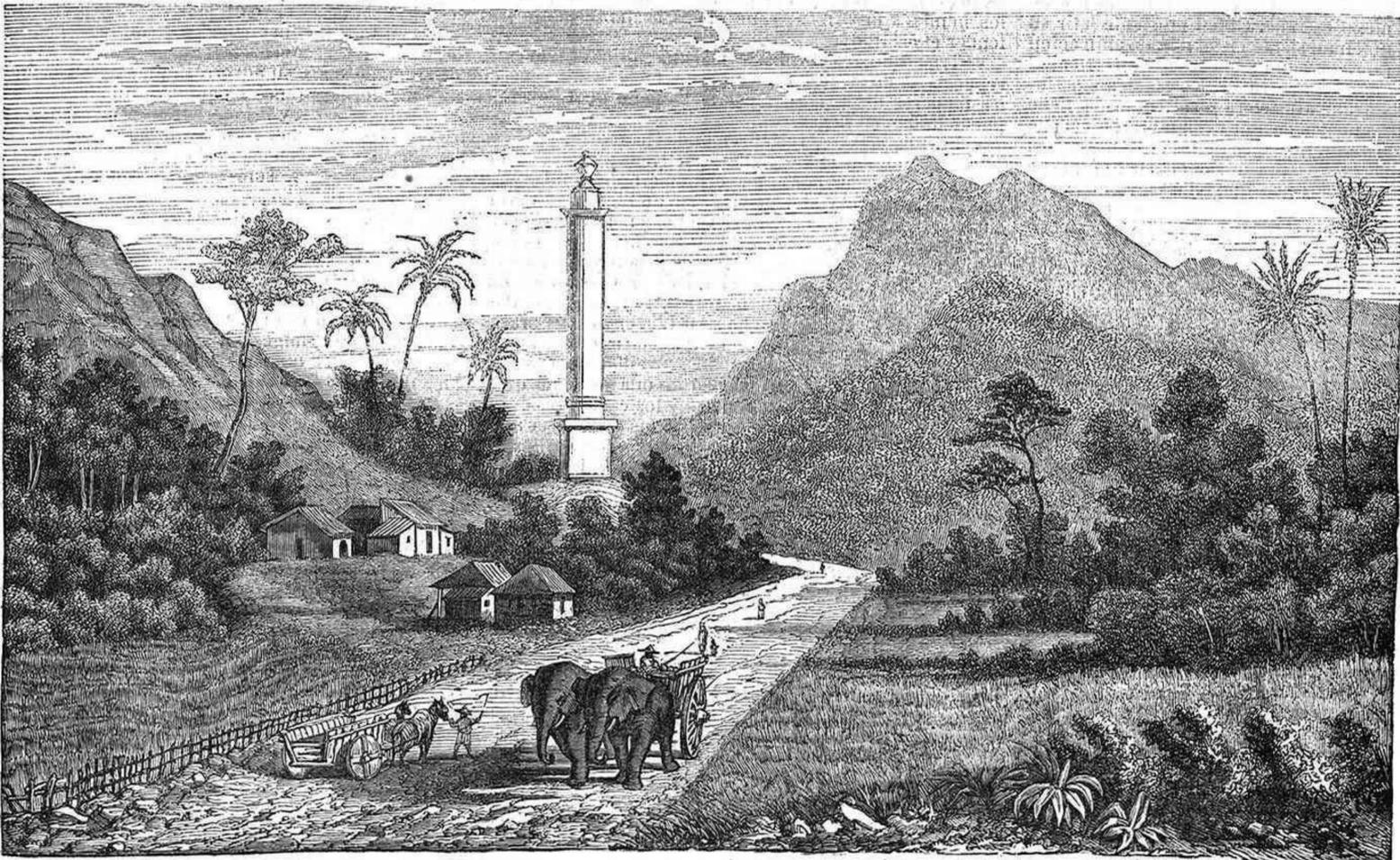
Cierto que se han conocido genios originales en la acepcion mas lata: nuestro inmortal Cervantes á nadie imitó: observó la sociedad en que vivía; tomó por protagonista á un loco, con cuyo resorte criticó las costumbres, los errores y los delirios de generaciones enteras, y entronizó una era de ilustracion y de progreso.

Aun cuando de esto no puedan hacer alarde muchas celebridades de primera nota, no por esta razon hemos de afirmar que son unos meros imitadores, sin invencion, sin brillantes cualidades. Verdad es que la poesía, no menos que las ciencias y las artes, comprende un espacio inmenso que se puede recorrer con feliz éxito; á semejanza del Océano que convida á los navegantes con sendas innumerables para el término de su viaje, sin que se intercepten el paso recíprocamente. Por esto, lo que es digno de implacable censura es la copia servil, sin inteligencia, sin gusto, sin nada de inventiva; mas no es de estrañar que el poeta imite cual corresponde; tambien lo hicieron los mas famosos así en la antigüedad como actualmente. Virgilio imitó á Homero; los poemas épicos de Italia y de Inglaterra fuéron imitados de la literatura clásica; Corneille imitó y lo propio Racine, y hasta imitó Molière, quien decia: «Tomo lo mejor donde quiera que lo hallo.»

La elocuencia no puede echar mano de este recurso con tanta oportunidad y cuando le plazca. Sin duda que hay circunstancias en las cuales el orador se prepara con todo detenimiento y amplitud y recoge las inspiraciones de otros que han debatido iguales ó parecidas cuestiones, y escribe sus discursos cual si hubiesen de ser impresos. Recientemente Mr. D'Israeli ha pronunciado en el Parlamento un discurso en loor de lord Wellington, y la prensa inglesa lo estimó como un plagio de otro discurso de Mr. Thiers, en elogio del mariscal Gouvion Saint Cyr.

Si bien en algunos casos parece haber lugar á la imitacion, no acontece siempre. El orador sube á la tribuna, quizá cuando las ideas que constituian el cuadro de su peroracion han sido espuestas y refutadas por los preopinantes: su elaboracion lenta y fatigosa queda frustrada. En el acto se ve obligado á mudar de rumbo, á seguir la fase que inesperadamente tomó la polémica, desentendiéndose acaso de los argumentos, y de cuanto le ofrecia seguridad y confianza. En la nueva liza que se presenta á los contendientes, posible es que el orador, si no es capaz de improvisar, se vea reducido á pequeñas proporciones, y aun á la impotencia y á la nulidad. El improvisador es el hombre del momento, de la situacion; está armado constantemente y dispuesto á entrar en la pelea, y cual atleta invencible, á destruir con los golpes de su clava formidable, á sus antagonistas y opositores.

El poeta puede ser asimismo improvisador. Pero para ser lo primero, aun figurando en la línea de los principales, no necesita ser lo segundo; en tanto que el orador necesita ser mas ó menos improvisador. El poeta que improvisa entretiene agradablemente á sus oyentes, como Cataldi, mas no obtendrá una fama universal é impercedera. Con haberlo sido



Elefantes uncidos.

ALINA.

HISTORIA DEL SIGLO XIII.

Quevedo no goza de mas reputacion de la que le corresponden por otros conceptos: con haberlo sido Pits y Mirabeau consiguieron una envidiable preeminencia. La improvisacion oratoria es una palanca contundente y poderosa que, manejada con ese *wit*, ese *sprit* que no se aprende ni adquiere, proporciona señaladas victorias y hace estallar esas réplicas repentinas y fulminantes que causan un efecto mágico y portentoso; y que, al decir de Cormenin, resuelven una cuestion, matan á un adversario, desacreditan á un partido. Al improvisador, en medio de sus triunfos le cuadra con razon lo que denuncia el epitafio grabado sobre el sepulcro del arquitecto que ha construido la catedral de San Pablo en Londres: *Si buscáis el monumento de su gloria, mirad alrededor.*

El talento de la improvisacion oratoria es el mas creador, es el mas espontáneo, el mas original, el mas fecundo, el mas admirable, el mas sorprendente; tiene algo de la grandeza y de la sublimidad del *fiat lux*.

Vulgarmente se cree muy autorizado el proverbio «de músico, poeta y loco, todos tenemos un poco». No veo bastante exactitud en esta aseveracion, si bien respecto á lo último no me parece incierto. Recuerdo que Figaro emite esta idea: es tenido por loco aquel cuya locura no está acorde con la de los demás. Las inteligencias superiores y extraordinarias son reputadas por la generalidad como sujetos maniáticos, cuando menos: Galileo, Colon, Newton. El pueblo no comprende esa vida trabajosa, anhelante, diversa de la comun y rutinaria, de esos talentos esclarecidos que guiados por una especie de instinto sobrenatural, á todo se arriesgan, todo desprecian, esponiéndose á ser víctimas de la ciencia, de la humanidad y de la civilizacion. Esos naturalistas y geólogos que trepan por altísimas montañas y acampan en sus vericuetos cerca de abismos horribles; que atraviesan climas malos sanos azotados por enfermedades endémicas; que perecen entre las lavas de los volcanes: esos viajeros que abandonan su casa, su familia, sus comodidades, para descubrir regiones apartadas y desconocidas: esos seres privilegiados son un enigma para las personas indoctas, poltronas, egoistas, que no alcanzan á ver sino el reducido horizonte intelectual que les permiten su vista miope y sus percepciones apocadas. Jamás tributarán culto ni adoracion á Plinio el Mayor, al capitán Cook, al baron Humboldt. Ellos merecen el predicamento de locos, segun la muchedumbre, y esta les escita lástima y compasion. Después de todo, me persuado de que el género humano se compone en su mayoría de locos, tontos y picaros, quedando poca gente para lo restante.

Relativamente á la música tambien hay que objetar. Su influencia ha sido incontestable en todos siglos y paises, aun los mas atrasados. En Grecia solia asociarse á los actos públicos mas solemnes, á la promulgacion de las leyes, á las declaraciones de guerra, etc.: ella sobresalía en las asambleas, en las plazas, en los festines: los ciudadanos mas inclitos se honraban con tocar la lira: la mitología y la historia nos demuestran cuál era su magnético influjo. A sus potentes vibraciones se alzaban los muros de Tebas; Timoteo enfurecia ó calmaba al grande Alejandro: por igual medio se disipaban las sediciones, se dulcificaban las costumbres, se curaban varias dolencias, y se realizaban otros prodigios. La higiene nos enseña cuál es su virtud terapéutica, en algunas afecciones físico-morales aliviadas por la música como un específico: Platon y Aristóteles no se desdénan de consignar observaciones muy curiosas sobre este asunto.

No obstante, hay seres racionales tan indiferentes y hasta insensibles á los encantos de la melodía y de la armonía, que prefieren el monótono martilleo de un yunque á los ecos apasionados y sentimentales de un instrumento espresivo y conmovedor; que prefieren una corrida de toros á una partitura tierna, melancólica de Bellini, ó majestuosa é imponente de Verdi. El sexo bello, naturalmente de fibra mas delicada y de corazon mas accesible á las impresiones, presenta asimismo ejemplos de este fenómeno extraño. Quien no siente latir su pecho de entusiasmo; quien no siente en su mirada animacion y fuego; quien no se embriaga con una corriente eléctrica, al oír los sonidos de una música que revela los afectos y pasiones, que nos trasporta á una atmósfera ideal, que nos tiene enajenados y como suspendidos de una deslumbrante cadena de oro, á semejanza de la del Hércules de los antiguos galos: yo lo proclamo sin rebozo:—No puede ser artista, no puede ser orador, no puede ser poeta; más que todo esto, no puede ser hombre de bien!

¿Es evidente que todos tenemos algo de poetas? Tampoco lo juzgo así. Lamartine esclama: ¡Desgraciado el que no ha sido poeta una vez en su vida! Mas esta sentencia fué proferida con relacion á los entendimientos elevados y á la biografía de Ciceron. Por lo que hace á los demás y teniendo en cuenta la doctrina sentada en los precedentes artículos, no cabe afirmarlo rotundamente. Sujetos hay de imaginacion poética, pero faltos de todo punto de oído rítmico y de cadencia prósodica; estos serán poetas escribiendo en prosa. Los hay que estan dotados de sentimiento poético; mas se ven en la imposibilidad de transmitir las sensaciones que reciben y experimentan; un tanto parecidos á esos accidentados que oyen cuanto se habla, y no pueden contestar, ni comunicar sus pensamientos. Los hay enteramente ajenos así á la creación poética como á su manifestacion grata, rotunda, armoniosa; para estos el universo es mudo, no comprenden sino la lógica severa, inflexible, descarnada, y la precision fría y matemática: ni un símil, ni una alegoría, ni una frase que dé interés y perspectiva á su estilo, que tienda á persuadir ó á conmovir; su lenguaje es constantemente árido; es un desierto sin ningun oasis que le amenice ó le haga menos cansado. Por el contrario hay ingenios ricamente favorecidos por la naturaleza, á quienes se aplica lo que Wieland decia á Schubart: *Habéis nacido poeta: sois de los que pueden todo, que pueden hacer espresarse á los héroes ó á los pastores: todo lo que escribís es poesia. Por último, hay existencias de conducta contradictoria, que no son peregrinas á las gracias de la poesia, pero al mismo tiempo opinan como el maestro de Sócrates: «Coronar de flores á los poetas, y desterrarlos de la república.»*

Madrid 10 de diciembre de 1852.

ANTOLIN ESPERON.

Era en el mes de agosto; el crepúsculo vespertino anunciaba ya la proximidad de las tinieblas de la noche, y habia sonado el toque en el castillo y en la aldea de Montaigú.

Sentada cerca de una ventana ogivada, de piedra maciza, la noble señora de Chavannes contemplaba, sumida en una meditacion dulce y tranquila, el espectáculo majestuoso de la naturaleza, próxima á entrar en el sueño y en el reposo. El silencio lleno de melancolía que la rodeaba, despertaba en su alma los recuerdos de su juventud. Cuando niña, fué feliz; jóven ya, fué hermosa y feliz; esposa y madre ya, era aun mas hermosa y mas feliz; el amor de su marido, la nobleza de su clase y las caricias de sus hijos, llenaban sus dias de felicidad y de alegría. El porvenir se le mostraba tan brillante como los negros ojos de su hijo, que tenia doce años, y le sonreía con toda la gracia de su querida Alina, hermoso ángel de nueve años. Gaston, hermoso muchacho de tez morena y sonrosada, estaba sentado cerca de su madre y jugaba con un lebrél; Alina, rubia con ojos azules, estaba inclinada sobre sus rodillas tratando de leer en un misal sembrado de ricas miniaturas. En un rincón hilaba la anciana Marta, que habia criado á los dos niños.

El día habia estado caloroso: los vapores de la tierra, lejos de refrescar el aire, esparcian en la atmósfera una pesadez que hacia dificultosa la respiracion. El sol se habia ocultado y era completa la oscuridad. De pronto brilló en el horizonte un relámpago, y sonó un trueno, que fué repetido por los ecos de las montañas. Berta asustada hizo la señal de la cruz. Su hijo se acercó á ella menos por miedo que por tratar de protegerla, y Alina, espantada, echó sus bracitos al cuello de su madre.

—Oremos, hijos míos, dijo esta; roguemos á Nuestra Señora del Buen Socorro para que se digne proteger y librar de todo peligro á vuestro padre, el noble señor de Chavannes, porque en este momento está en camino para volver á su castillo, y llegará mañana.

—Mi padre, esclama Gaston gozoso, mi padre va á venir.

—Nuestra Señora, protegéd á nuestro amo y señor, murmuraba la anciana.

—Sí, Marta, dijo la duquesa, oremos por el viajero que se halla espuesto en este momento al furor de la tormenta. Mira con qué furor ha estallado. La lluvia cae á torrentes, los truenos no cesan de retumbar, y los relámpagos iluminan la campiña.

—¡Qué hermosos son! dijo el niño, cuyo entusiasmo no era interrumpido por el miedo.

—Buena Marta, dijo Berta, enciende el cirio bendito de la Candelaria, y ponte delante de la imagen santa que me ha dado mi tío el obispo de Soisons.

Entonces tomó las manitas de su hija y se las puso en accion de orar. Gaston, apoyado en el sillón blasonado, seguía contemplando los progresos de la tempestad, y la buena Marta unió sus oraciones á las de la familia.

La puerta de la habitacion se abrió con violencia, y apareció en el umbral el viejo Gerardo, mayordomo del castillo, en el estado mas completo de terror y tribulacion. Su traje estaba en el mayor desórden; sus ojos parecían salirse de las órbitas á impulso del terror, y sus piernas temblaban bajo el peso de la enocion.

—Señora... estan ahí! balbuceó señalando con la mano la entrada principal del castillo.

—¿El duque y sus amigos?

—No, noble señora; los enemigos.

—Es preciso defendernos, gritó Gaston.

—Ay! señora, moriremos todos por salvarlos; pero esto es imposible. Nuestro noble señor se ha llevado cuasi todos los hombres de armas, y no queda bastante gente para defender el castillo!

—Tratad de resistir hasta mañana, dijo entonces Berta, repuesta ya de su terror y con ese temple de alma varonil de las mugeres de la edad media; el duque de Chavannes no puede tardar en llegar.

—Bueno, señora, resistiremos hasta morir.

Inútil fué sin embargo la resistencia; atacados de improviso, agobiados por el mayor número de combatientes, á pesar de su valor y abnegacion, sucumbieron y fueron asesinados todos sin piedad. Furiosos los enemigos no perdonaron á nadie. Marta, Gaston, á pesar de la defensa que opuso, y su madre cayeron bajo los golpes repetidos del hierro homicida. Alina sola fué la que se salvó por uno de los muchos milagros que hace el amor maternal. Herida mortalmente la señora de Montaigú, estrechó á su hija entre sus brazos y se dejó caer á tierra con ella, salvándola así de una muerte segura. Todo fué robado: muebles, vajilla de oro y plata, telas preciosas y alhajas. Al cabo de una hora no quedaban en el castillo mas que las personas y los cadáveres desnudos. Al despojar el de Berta, halló uno de los escuderos á la niña, viva aun; enternecido por sus lágrimas y por sus gracias infantiles, la tomó en sus brazos llorados de hierro, y se la presentó á su jefe el conde de Malcourant. Este, satisfecho de la venganza que habia tomado de su enemigo el señor de Chavannes, no tuvo el odioso valor de asesinar á aquella pobre criatura. La unió á su botín y regresó á su castillo, situado al mediodía de la Borgoña.

Entre tanto el duque de Chavannes volvia de París, satisfecho con el éxito de su viaje, y feliz con la idea de la dicha que le esperaba á su llegada al castillo. Amar á una muger jóven y hermosa que le correspondia con vehemencia, es una felicidad escasa y un tesoro difícil de adquirir y de preciosa conservacion; hallar una esposa solícita y tierna, recibir las caricias inocentes de sus hijos, acoger bondadosamente á servidores leales, alegres por su regreso, ver su antigua morada y su hogar, testigo de tantos dulces coloquios, tales eran los pensamientos que ocupaban la imaginacion del señor de Chavannes cuando se aproximó al castillo. Pero grande fué su sorpresa al ver el puente bajado, el rastrollo alzado, y todas las puertas abiertas. Cada paso que adelantaba aumentaba la turbacion de su alma. ¡Quién sería capaz de hacer una descripcion exacta del dolor, la consternacion y la rabia de aquel esposo, de aquel padre, al ver los

cadáveres de su muger y de su hijo! Su sentimiento fué mudo, como lo son todos los dolores intensos y profundos; una lágrima abrasadora cayó de sus ojos inyectados de sangre, y solo el nombre de su enemigo salió de su garganta, como el rugido de una leona á quien han quitado sus cachorros.

Hacia tiempo que estaban en guerra estos dos señores, y en los reinados de Carlos VI y de Carlos VII era muy comun el ver á los nobles barones vengarse con asesinos y hacerse justicia por sí mismos. El señor de Chavannes se habia apoderado de un castillo del conde de Malcourant, y por via de represalias habia este atacado de noche el castillo de Montaigú, aprovechando la ocasion de estar su enemigo ausente.

Ocho años han trascurrido desde aquel suceso, durante los cuales el señor de Chavannes hizo una guerra encarnizada al conde, que se defendió con toda la animosidad que le inspiraba su odio. Viendo el duque de Chavannes que no podía concluir con él, resolvió recurrir á la justicia, y entabló queja ante S. A. el duque de Borbon. Entonces el conde de Malcourant se puso bajo la proteccion del duque de Borgoña, á quien prestaba vasallaje. Conociendo el de Chavannes la fuerza, la influencia y la superioridad que tenia el duque de Borgoña sobre los demás príncipes, quiso rehusar su arbitraje. Hubo largos debates que solo sirvieron para acrecentar la irritacion y el odio de las partes. El duque de Borgoña, que se mantuvo al pronto indiferente, viendo que la cuestion no se terminaba, hizo uso de su autoridad é intervino de oficio. Condenó al conde de Malcourant á que le restituyera al duque su castillo y el único hijo que se habia salvado del degüello; pero como el duque de Chavannes habia sido el primer agresor, se autorizó al de Malcourant para que conservara los muebles y demás efectos robados.

En los años de destierro, Alina habia crecido y se habia convertido en una hermosa jóven de diez y siete años, edad de inocencia y de pudor (en aquel tiempo), en que aun no tiene la muger la conviccion de lo que vale. ¡Qué hermosa era aquella adolescente, sentenciada al infortunio y al aislamiento, cuando sentada al lado de su ventana, con las trenzas de su cabellera agitadas por la brisa de la noche, su frente espaciosa y su semblante pálido, dirigía sus miradas al espacio y buscaba en el horizonte el cielo de su patria y el castillo de su padre! El recuerdo de sus padres y de su infancia hacia asomar las lágrimas á sus bellísimos ojos de límpido azul. Caía siempre en una meditacion que concluía con una oracion por su padre ausente y otra por su madre que desde el cielo velaba sobre ella. Sus dias trascurrian así entre la oracion, la meditacion y la limosna, que es el goce mas grato para las almas nobles. El día siguiente era igual siempre á la vispera.

Entre los escuderos del conde de Malcourant habia un paje jóven que le habia confiado el duque de Borgoña para instruirle en el noble arte de la guerra. Descendiente de una familia ilustre y antigua, pero escaso de riquezas, Enrique de Montagne se hacia notar por su buena figura, por su juventud de veinticinco años, por su valor, y particularmente por sus modales nobles y finos, cosa en verdad harto escasa en aquella época. Pero lo que le sobraba de ilustre le faltaba de rico, y era preciso hacer fortuna recorriendo con paso firme y apresurado el camino de la gloria.

La belleza de Alina, á quien habia visto en diferentes ocasiones, le habia prendado extraordinariamente. Su tristeza, su soledad y su cautiverio habian puesto en movimiento en su alma todos los instintos generosos y leales de aquel espíritu caballeresco que inspiró á la nobleza la divisa: *Dios, mi dama y mi rey*. Jóven aun, amó con sinceridad y con respeto.

En un torneo que el conde de Malcourant dió al regresar de una expedicion feliz, Enrique de Montagne tuvo ocasion de hacer que Alina reparara en él. Estaba en el último pase de armas cuando tropezó su caballo y le hizo perder un poco el equilibrio inclinándose hácia adelante. Su adversario quiso aprovechar este incidente y le asestó un lanzazo á la visera. A la vista del peligro que corria Enrique resonó un grito en la tribuna, y cayó un pañuelo en la arena. Esquivar el lanzazo con una inclinacion al costado derecho; hacer girar su caballo, y recoger el pañuelo sin pararse cargando al propio tiempo sobre su adversario, fué para Enrique obra de un momento. Sorprendido aquel por un ataque tan brusco y vivo, no pudo resistir y fué derribado por el vigoroso empuje del gallardo mancebo. Al instante las aclamaciones que llenaron el espacio proclamaron á Enrique por vencedor del torneo, y cuando Alina, sonrosado su rostro por la emocion y el orgullo satisfecho, quiso reclamar tímidamente su pañuelo al que habia espuesto su vida por declarar su caballero, le respondió este en voz baja y amorosa: «Oh! no, no lo reanimes; este pañuelo no saldrá de mi poder sino con la vida.» Desde entonces Enrique no vivía mas que para Alina, y esta pensaba con frecuencia en aquel. Eran ambos tan hermosos!

Cuando el duque de Borgoña terminó la cuestion de los señores enemigos, Alina volvió con su padre al castillo de Montaigú. Su alegría fué estremada, pero no careció de una mezcla de tristeza. Amaba sin saberlo, ó mejor dicho, no se lo habia confesado á sí misma. Los modales nobles y elegantes de Enrique, su valor y su arrogancia habian impresionado su tierno corazon. Alina ocultó á todos, aun á su bondadoso padre, el secreto de su amor. Cuando y cómo volvería á ver á Enrique, no lo sabia... pero su corazon la decia que esperara.

Enrique por su parte, al ver que su amada se marchaba del castillo de Malcourant, pesaroso de verse separado de ella, se retiró de la corte del duque de Borgoña, para buscar en los combates y en las justas el olvido de su amor, ó para conquistarse un puesto glorioso y presentarse entonces al duque de Chavannes á pedirle la mano de su hija. Pero el duque hacia tiempo que pensaba en dar á Alina un esposo digno de ella y sobre todo de él. En las cercanías de su castillo habia otro medio arruinado en que vivía un amigo y antiguo compañero de armas suyo, cuya nobleza era tan ilustre como su fortuna escasa. Cazador hábil, justador temible, de edad de cuarenta y cinco años, grosero y reñidor, no podía convenir á la dulce Alina, pues le eran desconocidos los sentimientos de afeccion y delicadeza; era uno de aquellos caballeros que se hubieran avergonzado de saber escribir y firmaban con el puño de la espada; por lo demás era valiente y habia dado pruebas repetidas de ello.

Grande fué el terror de Alina al saber la eleccion que habia hecho su padre para ella. Quiso hacerle comprender que preferia retirarse á un monasterio, pero el duque lo rehusó

enérgicamente. Entonces pidió un año de término para decidirse á obedecer las órdenes de su noble padre.

Este año transcurrió sin incidente alguno y con harta rapidez por desgracia. El baron de Vaudemont iba con frecuencia al castillo de Montaigú á presentar sus obsequios á su futura y á cazar con el de Chavannes, y siempre Alina se retiraba á su habitación con el corazón oprimido y los ojos llenos de lágrimas. Confiaba en que la frialdad é indiferencia que daba al baron repetidas y ostensibles pruebas, le inducirían á abandonar la idea de su casamiento y á devolverla su libertad tan deseada, pero sus esperanzas se veían frustradas siempre.

Una mañana entró el duque en la habitación de su hija, y la dijo que habiendo espirado el año, reclamaba el cumplimiento de su promesa, y que con este motivo y para celebrar dignamente su casamiento había hecho anunciar para el mes inmediato un torneo magnífico, el cual se dignaban presidir el duque de Borgoña y la duquesa su esposa.

Alina, que solo en Dios tenía puesta ya su esperanza, le confió su suerte. Contestó pues á su padre que le obedecía, pero que le suplicaba que le permitiera dar su mano al vencedor del torneo. Un secreto presentimiento la dictó esta pretensión.

Conociendo el valor, la destreza y la fuerza de su amigo el baron de Vaudemont, concluyó el duque por acceder á lo que él llamaba el capricho de su hija. Además no le desagradaba la probabilidad de hallar para yerno suyo algún noble tan distinguido, como el baron, pero mas favorecido por la fortuna, é hizo dar la mayor publicidad posible á las condiciones del torneo.

La afluencia de caballeros era extraordinaria en el castillo de Montaigú. La presencia del duque de Borgoña y de su corte, la esperanza de adquirir fama y de obtener aquel hermoso premio de la victoria, había hecho acudir á las justas á todos los caballeros de un radio de veinte leguas. Entre ellos se hacía notar el baron de Vaudemont por su estatura colosal, su maestría en el manejo de las armas y la jactancia de su lenguaje, y el conde de Malcourant por la riqueza de su armadura, y por su altanería é insolente arrogancia. Ambos tenían un interés particular de salir vencedores en el torneo. El espíritu de venganza de este y la avaricia de aquel estimulaban su ardor y su mal carácter.

Alina esperaba ver á Enrique entre los justadores. Dirigía fervorosas oraciones al Altísimo para que fuera él el vencedor, pero su amante no aparecía y la infeliz se hallaba en una ansiedad cruel.

Por fin llegó el día del torneo, y amaneció con un cielo despejado y una atmósfera templada. El recinto destinado al combate estaba rodeado por una galería donde se colocaron las damas y los caballeros que no tomaban parte en la justa. Una gran tienda, adornada con tapices en que se veían las armas de los duques de Borgoña y de Chavannes, estaba reservada para recibir á la duquesa de Borgoña y á su corte. Alina fué colocada á la derecha de la duquesa, que había sido elegida reina del torneo.

Los clarines anunciaron la llegada de los sostenedores, que eran el conde de Malcourant y el baron de Vaudemont, con dos amigos suyos; debían batirse con todos los que, peando con sus lanzas en los escudos colgados á la entrada del circo, manifestaran su intencion de disputarles el precio de a conquista.

Hubo varios encuentros brillantes, y no faltaban estímulos á los adalides que combatían ante sus damas y ante el duque de Borgoña, que había sido nombrado juez, así como el duque de Chavannes. Los cuatro mantenedores parecían incansables, y particularmente Malcourant llamaba la atención general por la fuerza de su brazo y la destreza con que manejaba su corcel. A la sexta carrera, los dos compañeros del conde y del baron fueron derribados de sus caballos y puestos fuera de combate; á la octava no quedaba mas que un caballero contra los dos mantenedores, y estos iban ya á echar suertes para ver quién se batiría primero, cuando anunciaron los clarines la llegada de un caballero.

Después de dar tres golpes en los escudos de Malcourant y de Vaudemont, se adelantó hácia la tribuna ducal para saludar á la reina del torneo. Contra la costumbre universal, no llevaba cimera en el casco; su armadura era de un color oscuro, y no se alzó la visera al saludar á la duquesa; su escudo, que empuñaba ya con el brazo izquierdo, no tenía divisa ni emblema de ninguna especie. Los mantenedores al ver que ocultaba su clase querían escurrirle del torneo; pero el duque de Borgoña, ya porque le conociera ó porque creyera de su deber observar aquella conducta, aceptó al nuevo campeón tal cual se presentaba.

Los cuatro caballeros, colocados frente á frente en sus sitios respectivos, se atacaron impetuosamente, marchando el desconocido contra el baron de Vaudemont, y su compañero contra el conde de Malcourant. En el primer choque, el compañero del desconocido rodó por el suelo á impulso de la vigorosa lanza de Malcourant, y pidió gracia; el desconocido atacó con tal fuerza á Vaudemont, que obligó al caballo á caer de costado y el baron se rompió una pierna. Alina se alegró pues ya variaba algo su suerte con la desgracia de su presunto esposo.

El conde de Malcourant, viéndose en la necesidad de luchar con el desconocido, le dirigió groseras injurias intimándole que declarara su nombre.

—Hart pronto lo sabrás, contestó el guerrero, y sacó de debajo de su escudo una bandolera con las armas del duque de Chavannes, á la que estaba unido el pañuelo blanco que dejó caer Alina en el torneo de Malcourant. Trabajo la hubiera costado á la hermosa jóven contener la espresion de su alegría, si no hubiera sido turbada esta por el temor de que sucediera alguna desgracia.

A la vista de las armas de Chavannes, lanzó Malcourant un rugido, y mirando con espresion de odio reconcentrado al duque, le dijo á su antagonista: «Cifro toda mi gloria en humillar al defensor de una casa enemiga mía.» «Y yo,» respondió el desconocido, «cifro mi gloria en aplastar como á un reptil asqueroso, al traidor cobarde y mal caballero que ataca mugeres y niños.»

Enrique, pues era él, recibió en este momento un lanzazo del conde, pero supo evitarle á tiempo, y pronunciando el nombre de Alina, se lanzó con ardor contra su adversario, le

pegó en el pecho y le vació de la silla. Furioso el conde de Malcourant se levanta y pide venganza proponiendo combatir á pié con espada y su antagonista á caballo con lanza. En este nuevo combate el ataque fué vivo y la defensa diestra en estremo. Los espectadores, mudos de sorpresa y terror, apenas se atrevían á manifestar su aprobacion á tal ó cual golpe de los lidiadores; la incertidumbre fué larga y penosa, la sangre corría por ambos lados, y era fácil comprender que uno de ellos perdería la vida. Enrique herido en el brazo izquierdo se defendía y aun atacaba valerosamente en aquella lucha desigual en que todas las ventajas estaban de parte del conde que ágil y rápido atacaba por todos lados y evitaba los golpes con más facilidad. Alina, desesperada, cerraba los ojos horrorizada, y sin embargo no podía dejar de mirar á los combatientes. De repente, el conde aprovecha un movimiento del caballo y tira una estocada á Enrique, que veloz como un rayo, hace levantar de manos á su caballo, y levantando su lanza á la altura de la cabeza del caballo, le hace una herida profunda al conde en el momento en que este se preparaba á tirarle otra estocada, inmediatamente echa pié á tierra, lucha con Malcourant á brazo partido, le derriba, y poniéndole un pié sobre el pecho le presenta la punta de la espada á la garganta.

El conde de Malcourant tuvo entonces la cobardía de pedir gracia, pero Enrique no consintió en concederle la vida sino con la condicion de que daría tres vueltas alrededor del castillo de Montaigú con los piés descalzos y una soga al cuello, y de que iría después del mismo modo á pedir perdon al duque de Chavannes de los ultrajes que había hecho á su familia. La promesa que hizo Malcourant de cumplir esta sentencia de su vencedor fué jurada y sentada en los registros del torneo con todas las formalidades de costumbre. El joven desconocido fué declarado vencedor del torneo y presentado á la duquesa de Borgoña, que le dijo al entregarle la corona:

—Gallardo doncel, hé ahí un hermoso obsequio que podreis poner á los piés de la dama mas bella del torneo.

—Entonces os le daría á vos, señora, contestó Enrique, pero el honor es la garantía mas sagrada del caballero, y está comprometido mi honor á dárselo á otra.

Y se fué gozoso á entregar su corona y el pañuelo blanco á la preciosa Alina, diciéndola:

—El ultraje de la casa de Chavannes está vengado: ¿pertenece á la mano de la hermosa Alina al vencedor del torneo?

—Con dicha y placer, dijo el duque, os la concedo, apuesto mancebo, quien quiera que seáis.

—Y vos, señora, dijo todavía Enrique, ¿confirmáis sin pesar las promesas de vuestro noble padre?

Alina le respondió devolviéndole el pañuelo y mirándole con apasionada ternura.

LA CAMELIA BLANCA.

Los dos aroles que ardían en la calle á cada lado de la puerta grande, estaban apagándose. Después de haber agotado todo el aceite que los alimentaba, las mechas ardían, secas ya, esparciendo una luz pálida é incierta. La fila de los coches que había al lado de la acera disminuía rápidamente, y los cocheros preguntaban de vez en cuando á los que salían:

—Caballero, ¿hay todavía mucha gente en el baile?

Los quinqués que alumbraban la escalera carecían tambien de aceite, y sus mechas despedían un tufo nauseabundo.

En el buffet, los encargados de los refrescos se habían sentado, y dormían tranquilamente.

En el guardarropa la complacencia de los lacayos, escitada por la esperanza de irse pronto á descansar, había llegado al último estremo. Aquel era entonces el sitio mas frecuentado. Los hombres se empacataban en sus gabanes variados hasta el infinito en las formas, los paños, los colores, las edades y el estado de conservacion. Las señoras añadian, á cuidados análogos, la perposicion de calzados, que las obligaba á veces en su precipitacion y por la torpeza que tiene siempre una mano ceñida por un guante ajustado, á dejar ver una linda y torneada pierna.

Los sonidos de la orquesta se oían ya mas claramente segun iba escaseando la gente en los salones.

La llama de las bujías empezaba á hacer peligrosas caricias á las arandelas de cristal.

Se conmovía el suelo bajo los pasos de los que bailaban ya con menos ligereza.

Los ramilletes de las señoras estaban marchitos. Había algunos olvidados sobre las consolas y las banquetas.

Algunas flores habían caído sobre la alfombra, y habían sido destrozadas al bailar.

Se encontraban por todos lados pedazos de bollos, dulces empezados, copas medio vacías, en fin, se tropezaba á cada paso con los restos del naufragio de los placeres.

El baile tocaba á su término.

Laura de Vernes, viuda, jóven, hermosa y rica, bailaba con Enrique de Queylus.

Laura tenía veintitres años. Era una de las mugeres mas bonitas de París, y tal vez la mas obsequiada. A los diez y siete años se había casado con un general de caballería, encanecido por setenta primaveras, averiado por diez campañas, y del cual obtuvo, al cabo de un año de matrimonio, que murió, lo que deseaba, que eran doce mil francos de renta. Desde entonces vivía disfrutando de las dulzuras de la viudez y la coquetería mas soberana, sin que nadie se atreviera á designar el nombre de un amante favorecido. Hubo en una ocasion un capitán de estado mayor, jóven y de bellísima presencia, llamado Leon de Grançay, que se había enamorado perdidamente de Laura. Pero sin duda no era bastante rico, porque á pesar de haber sido muy bien recibido al principio, y de tener infinitas ventajas en su favor, fué rechazado desdeñosamente. El infortunado jóven se dejó llevar de su desesperacion, no fué ya dueño de sí mismo, y se marchó á Argel manifestando que llevaba la intencion de buscar la muerte en el primer encuentro con los árabes, lo cual cumplió desgraciadamente. Había por fin á la sazón el último de los Queylus, hermoso vástago de una familia ilustre, que estaba en la hermosa edad de veinticinco años, dotado de bellísimas prendas con una imaginacion exaltada y una excelente educacion. Po-

nia á los piés de Laura su apellido ilustre y una fortuna... que por su desgracia no era tan buena como el apellido. Así es que la señora de Vernes dejaba que se hablase en el gran mundo de su proyectado y próximo enlace con el anciano duque de Bourbonville, sus setenta y cinco años y sus veinte mil escudos de renta.

La contradanza que bailaban Enrique y Laura era la última. ¡Cuántos suspiros y lánguidas miradas se cruzaban! ¡Cuántas flores ó ramilletes se quitaban ó se daban misteriosamente! ¡Cuántas manos se oprimían mutua y furtivamente! ¡Cuántas palabras sacadas del delicioso dialecto de los amantes se murmuraban en voz baja!

No decimos esto por Laura.

Ella no suspiraba, no daba ramilletes ni flores, y si la hubieran quitado siquiera una hoja de rosa, hubiera lanzado al momento sobre el delincuente una de aquellas miradas terribles, desapiadadas, que cada uno de los que la rodeaban se había acostumbrado á temer. La señora de Vernes no había oprimido la mano de nadie, y en cuanto al lenguaje de amor, no le entendía ni con el diccionario en la mano.

—Señora, decía Queylus con el corazón henchido de dolor, no, no puede V. imaginarse los tormentos terribles que he sufrido esta noche!... ¿Por qué me permitió V. que la confesara mi?...

—Cálllese V., indiscreto.

—¿Qué placer le proporcionaría á V., señora, el destruir y reanimar mi esperanza? ¿No vé V. que sufro hasta el estremo de ser inaguantable ya para mí esta existencia?... ¿V. no me quiere?...

—Yo quiero á todos.

—Lo cual equivale á decir que no quiere V. á nadie.

—Como V. guste.

—Mire V., Laura, me levantaré la tapa de los sesos!

—Todos los hombres dicen lo mismo.

—Yo lo haré!

—No sabe V. cuánto le necesito, amigo mio, dijo Laura con dulzura.

—¿Puedo creerlo? exclamó Queylus reanimado.

—Seguramente, le contestó con un gesto de coquetería, ¿quién había de bailar la mazurca conmigo el lunes próximo?

—La digo á V. que me mataré... Adios, señora.

—Hasta la vista, caballero, que V. se mantenga bueno.

Al entrar en su casa, Laura, ayudada por su doncella, empezó á desnudarse; pero Justina se había dormido esperándola, y la pesadez del sueño había entorpecido sus dedos, hinchado sus ojos, y había exagerado la rudeza habitual de su carácter. Su ama se incomodó fácilmente y la mandó con altanería que se marchara, diciéndola que se desnudaría sola.

Salió pues Justina, y apenas hubo traspasado el umbral de la puerta, se cerró esta por sí misma, y se corrió el cerrojo.

Laura pensó que alguna corriente de aire habría empujado la puerta, y que la violencia del golpe habría hecho correr el cerrojo.

Para seguir despojándose de sus adornos, fué á quitarse la camelia blanca que llevaba en la cintura... pero al mirarla para buscar el alfiler que la sujetaba, vió en ella una gota de sangre!

Naturalmente buscó Laura la causa de esta sangre, y no encontrando ninguna, creyó que seria una ilusion producida por su vista ofuscada aun por las luces del baile ó turbada por el cansancio.

En cuanto puso la flor sobre el mármol de la chimenea cesó de ver en ella la mancha de sangre, pero al volver la vista á su cintura, vió la sangre en el cinturón. Entonces sintió latir con mas fuerza su corazón y empezó á tener miedo. El cinturón después de estar colocado al lado de la flor se quedó limpio, pero la mancha apareció en el vestido, la cual acabó de convencer á la señora de Vernes de que era juguete de una alucinacion. Entonces cogió la camelia para ver si aproximándola de nuevo al sitio que ocupaba anteriormente se reproducía el fenómeno que la asustaba. Apenas la acercó á la cintura cuando vió deshojarse la flor por sí sola, y transformarse sus pétalos en gotas de sangre, y cayeron una por una en el borde de su vestido y sobre sus zapatos de raso blanco.

Entonces el mas profundo terror se apoderó de ella: sus ojos quisieron lanzarse fuera de las órbitas, y abrió la boca para gritar... ¡pero fué en vano!... La voz se detuvo en su garganta contraída, y no pudo articular ni el mas leve sonido. Alargó la mano hácia el tirador de la campanilla que colgaba al lado del espejo... La cinta bordada subió por sí sola hasta el techo, sin poderla alcanzar.

Palida de espanto y sobrecogida por un temblor nervioso, Laura se dejó caer anonadada en un sillón.

Las dos bujías que iluminaban la estancia se apagaron, y la oscuridad, no la que reina en un cuarto, sino una oscuridad que parecia infinita, reinó entonces. Laura oyó un ruido lejano de gemidos, caricias y besos.

Estas tinieblas fueron sin embargo de corta duracion: un resplandor confuso empezó á surgir de en medio del espacio sombrío, y apareció una claridad extraña. No era ni la claridad del día, ni la de las lámparas, ni la de las bujías, ni la del gas; no era una claridad humana, era una claridad obtusa y sorda como la luz de un fósforo; era una claridad que parecia del otro mundo.

Entonces una especie de niebla, centelleante y con reflejos de ópalo, se formó poco á poco en lo intananza; aquella niebla avanzó, como impelida por el viento, á tropezar casi con la señora de Vernes, que percibió delante de sí una muger jóven, hermosa, y lujosamente ataviada como para un baile.

Esta muger dió algunos pasos, y cuando se halló muy cerca de Laura se detuvo. La señora de Vernes vió entonces que las flores que bajaban formando guirnalda en la falda del vestido de aquella visitadora extraña, se deshojaban y caían sobre la alfombra... Laura alzó la vista... La cara de aquella muger se levantaba y se desprendía como una máscara! A medida que esta máscara se levantaba, los adornos que tenía en la cabeza caían uno por uno á tierra... Por fin, la cara, ó mejor dicho, la máscara cayó á su vez, y la señora de Vernes vió una cosa horrible y difícil de describir, que parecia una momia despojada del pellejo, una cabeza y un cuerpo disecados, que tenía á la vez cosas de esqueleto y de cadáver, y tomaba de estos dos estados de nuestra forma terrestre lo que podía hallar en ellos de mas atroz y hediondo! ¡Huesos cu-

hiertos con trozos de pellejo negros y disecados! ¡Dedos con uñas, un cráneo con cabellera, una cara con ojos secos y abiertos, con dientes blancos en labios de pellejo! ¡Y todo aquello animado con una vida galvánica, con una voz de sonámbula y una voz de ventrílocuo!

La señora de Vernes se estremeció como si estuviera bajo la impresión de una conmoción eléctrica, y el horror que le inspiraba aquella visión la hizo cerrar los ojos; pero otra sorpresa más espantosa la esperaba: sus párpados se hicieron transparentes, y a su pesar vio al través de ellos... unió las manos sobre sus ojos... Las manos se hicieron transparentes lo mismo que los párpados, y vio también al través de ellas!

El espanto hubiera hecho morir cien veces a Laura, si una fuerza sobrenatural no la hubiera sostenido para presenciar hasta el fin aquel espectáculo horroroso. Esta fuerza oculta la hallaba en sí, inexorable y soberana, resucitando su corazón cada vez que creía verle estallar en aquella agonía de terror.

Cuando vio que era impotente contra un encanto superior a sus esfuerzos y a su voluntad, se resignó y contempló la aparición terrible con una sumisión desesperada.

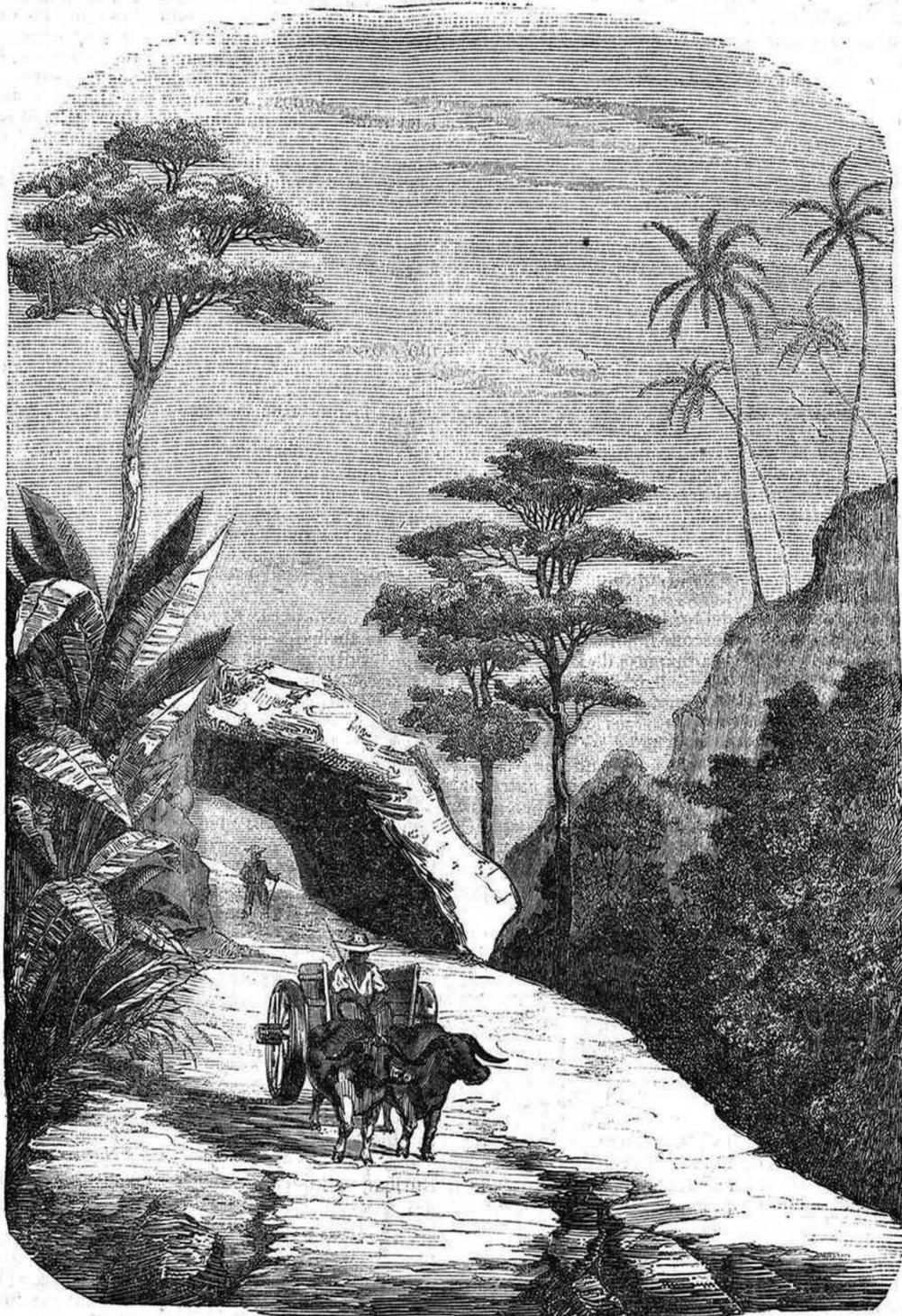
—¿Qué me queréis? dijo con una voz breve y seca, dirigiéndose al fantasma.

—Mira! dijo el espectro.

La señora de Vernes vio entonces delante de sí una llanura de arena, iluminada por el sol. En el centro, a la sombra de un grupo de higueras, se elevaban las murallas de un reducto, sobre el cual ondeaba una bandera.

De pronto, a la orilla de un arroyo que cruza la llanura, entre grupos de laureles, salen nubes de humo, flores ardientes cargadas de los proyectiles que siembran la muerte. Detonaciones atronadoras desgarran la atmósfera poco antes tan límpida y serena, se oyen gritos salvajes mezclados con relinchos de caballos. Una turba de seres extraños, con el semblante bronceado, perdidos entre anchurosos ropajes, vuelan exhalando atroces rugidos como fieras, sobre corceles briosos, en medio de torbellinos de polvo. El reducto se corona de humo, vomita llamas, brama como el trueno; pero nadie aparece en lo alto de sus murallas, y los sitiadores caen heridos, ensangrentados, sin ver los que dirigen los tiros que los diezman.

En lo más fuerte de la acción, un joven se muestra súbitamente de pie sobre un ángulo de la muralla, presentando todo el cuerpo a los tiros de los sitiadores. Algunos de sus compañeros



Búfalos uncidos.

corren a él, tratan de hacerle bajar... resiste!... Cae!... Aquí el cuadro se desvaneció, y la señora de Vernes no vio nada ya... nada, más que un hombre estendido muerto a sus pies, y que la había cubierto con su sangre!

—Leon! Leon! pobre Leon! exclamó la desgraciada con angustia.

—Si es Leon! dijo el espectro; Leon de Grancay, que te amaba; y de cuya muerte has sido tú la causa.

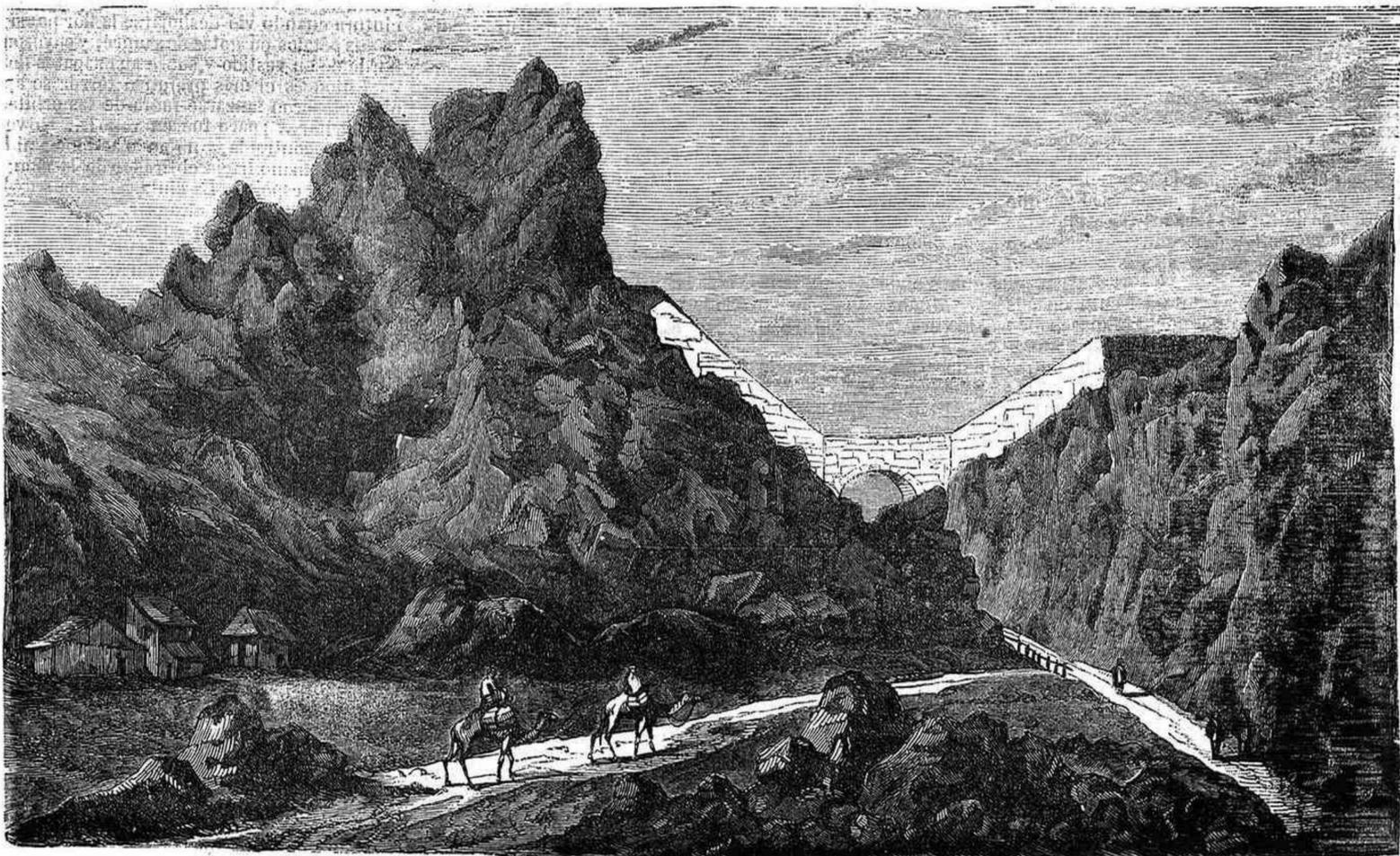
—Oh Leon! noble víctima! añadió la señora de Vernes llorando: si desde ahí percibes mi dolor y mi llanto, Leon, perdóname.

—Te ha perdonado... ¿No has oído ahora poco, durante la oscuridad que precedió a mi venida, no has oído ruidos extraños en el aire? ¿No has oído un ruido de gemidos y caricias? Atravesabas la región de las almas enamoradas, y te encontrabas en la de las almas heridas. Los que han amado sobre la tierra sin hallar correspondencia, son curados y consolados en otra parte. Olvidan y se consuelan entre ellos. Cuando una alma llega, libre ya de los lazos que la sujetaban al cuerpo, y desgarrada por el dolor, entregada al llanto y la desesperación, otra alma, que la esperaba de antemano, la llama, la cautiva con palabras halagüeñas, y poco después los gemidos se apagan con los besos, las penas con las caricias: todo recuerdo terrestre se borra, y las dos almas amantes se unen para siempre en delicias eternas. Mira!

La señora de Vernes vio dos amantes que se mecían en el espacio como la Francesca y el Paolo del cuadro de Scheffer; pero aquellos estaban risueños y radiantes, y parecían jugar muellemente en el aire como dos golondrinas en la atmósfera azul de la primavera. Sin embargo, los semblantes de aquellos amantes estaban pálidos: el joven tenía en todo el pecho varios agujeritos redondos y sangrientos, y la joven tenía debajo del pecho izquierdo una línea roja de la anchura de una hoja de puñal.

—Leon! Leon todavía! exclamó Laura.

—Sí, Leon en los brazos de otra, víctima como él de un corazón duro y perverso. Pero tú no perderás nunca tus infames sentimientos; conozco lo que pasa en tí, y veo que tu amor propio sufre al ver que después de su muerte, el que tú has inmolado, no ha llevado el sentimiento de tu pérdida... Si, ahí tienes, a pesar del horror que te domina, muger cruel é infame; ahí tienes lo que hay en el fondo de tu dolor y tu llanto! Mira, dijo bruscamente el espectro; te he puesto en evidencia el pasado; ahora voy a mostrarte el porvenir.



Servicio de los camellos.

Laura se halló entonces en una habitación desconocida. Un joven pálido y de aspecto sombrío, con el traje desarreglado, se paseaba muy agitado en aquel cuarto. La señora de Vernes conoció á Enrique Queylus. Le vió dirigirse hácia su bufete. Le abrió y sacó de él una caja cuadrada y baja de palo de rosa con embutidos. Sacó de la caja una pistola, la cargó y la puso sobre la mesa; después se sentó, cogió un pliego de papel y escribió:

«Laura, muero por V.»

La señora de Vernes arrojó un grito.

—¡Perdon! ¡perdon! exclamaba la infeliz; arrastrándose á los pies del espantoso fantasma que la miraba con sus ojos horribles y la helaba con su silenciosa y repugnante sonrisa.

—¡No hay perdon! dijo el espectro con una voz indefinible. Escucha, añadió después de una pausa terrible; si el cielo que manda amar, consuela y recompensa á los mártires de su ley, castiga también á los que no quieren someterse á ella.

Laura no pudo menos de pensar que para ser un mensajero celeste el ser con quien tenía el disgusto de estar hablando, había escogido un aspecto extraño.

—La forma que he adoptado es menos hedionda que tu alma, dijo la aparición adivinando el pensamiento de su víctima, y si yo hubiera querido igualarla en fealdad, solo al reirme te hubieras caído muerta de espanto... ¿Sabes cuál es el castigo reservado á las criaturas de tu especie? El castigo mas espantoso que puede concebir la inteligencia humana. Se resigna la criatura á los sufrimientos y al martirio, porque una esperanza inextinguible la persuade de que han de tener un término, y de que al menos, aun en medio de los sufrimientos y del martirio, *siente* que existe. Pero el castigo que á ti te se impone es la **DESTRUCCION COMPLETA**. ¡Levántate!

—¿Qué vais á hacer? preguntó Laura temblando.

—A despojarte de esos adornos que tanto te envanecen.

El espectro tocó con el dedo el vestido de la señora de Vernes, el vestido cayó y desapareció, y la víctima quedó desnuda.

El espectro tocó con el dedo aquel cuerpo voluptuoso y encantador; toda la carne se desprendió de los huesos y desapareció como el vestido, quedando Laura convertida en esqueleto.

El espectro tocó á los huesos, y cayeron convertidos en polvo.

Y la señora de Vernes, por un prodigio horrible, *veía* y *sentía* aquellas metamorfosis.

Por fin, el espectro sopló aquel polvo. Lo que había sido la hermosa, la adorada Laura, representó como el espasmo de un dolor supremo, como una dislaceración atroz, resintiéndose simultáneamente cada una de sus moléculas, y aquel polvo, impulsado por los vientos eternos, se perdió en lo infinito.

La pantalla de la chimenea cayó, empujada en su base por el esfuerzo convulsivo de dos piés de andaluza, calzados de raso blanco. La butaca retrocedió girando sobre sus ruedecillas, y la señora de Vernes, que se encontraba reclinada en ella cubierta de un sudor frio, con su traje de baile, abrió sus ojos espantados.

Dudaba de su existencia!

Poco á poco, sin embargo, se despejó su inteligencia, se aclararon sus ideas, y acabó de sacudir el letárgico efecto del sueño, y se levantó gritando fuera de sí:

—¡Justina! Justina!... mi gorra... no... nada, nada... ¡Oh Dios mio! Dios mio!...

Y abrigándose precipitadamente con su manteleta de pieles, con la cabeza desnuda y con el calzado de baile, se lanzó fuera de la habitación y echó á correr por la calle, sobre un lodo helado y cubierto de escarcha, y cubriéndose de copos

de nieve. Al cabo de diez minutos entraba en otra casa, subía una escalera y se arrojaba jadeante de cansancio y desesperación contra una puerta, diciendo:

—Enrique! Enrique! piedad!... Soy yo, Laura de Vernes!... Enrique!... yo te amo!!!

La puerta se abrió y Laura penetró en una habitación, que conoció pronto ser la misma á que se había visto transportada en su pesadilla; el bufete estaba abierto; una carta recién escrita y dirigida á ella estaba sobre la mesa al lado de una caja de caoba con embutidos, en cuyo interior se veía una pistola y el hueco de otra; un poco de pólvora derramada sobre la mesa, una baqueta de pistola, algunas balas, al-



Alina.

gunos pistones esparcidos por allí, indicaban que se había cargado allí una arma, tal vez la pistola que faltaba, y aquella pistola estaba... en la mano de Enrique de Queylus!

De una sola mirada abarcó Laura todo lo que acabamos de explicar. Exhaló un débil quejido, que espesaba á la vez terror, remordimientos, amor y alegría, y cayó desmayada en los brazos de Enrique, con el corazón contra el suyo, y la frente sobre sus labios!

El tiempo ha transcurrido rápidamente desde aquella noche y aquella madrugada terribles: algunos meses han pasado. Conmovida harto violentamente por aquellas emociones

formidables, la pobre Laura fué acometida por una fiebre nerviosa. Su médico prohibió que viera á nadie... El mal progresó, y el estado de la enferma llegó á ser alarmante. Sin embargo, como aquel médico no era tan hábil como parecía, le ocurrió una idea... y aquella idea salvó á la señora de Vernes.

Había notado que la enferma en sus momentos de delirio pronunciaba frecuentemente dos nombres: el de Enrique y el de Queylus. Comprendió que estos dos nombres designaban á un mismo individuo, y resolvió asociar el Queylus á la quina. Así pues, la puerta de la casa de la señora de Vernes se abrió para dar paso á la vez al sulfato y... al amor!

Este tratamiento fué heróico. Hoy el restablecimiento es completo, y la aparición temible puede volver: la señora de Vernes... es decir, la señora de Queylus, la espera de pié firme. Se encuentra con un valor á toda prueba, y á la hora de acostarse no hay nada que la intimide. Desafía al espectro, y por medio de todas las palabras que le inspira la felicidad que disfruta, le dice que no le teme. Por eso sin duda, cada vez que se la ve en público, en sociedades, bailes, teatros ó paseos, lleva una camelia blanca en la cintura!

Es verdad que nunca al desnudarse por la noche es ella quien se la quita!

MOUMOUTE.

MEMORIAS DE UN GATO, GARRAPATEADAS POR ÉL MISMO.

(Continuacion.)

Me encontré afligidísimo, no sabía qué hacerme y empecé á echar de menos mi ración de cordilla que me daban todas las mañanas y que aquel día me había faltado. Me dirigí de nuevo al estudio, y en vano buscaba en él á los jóvenes que en él trabajaban ó que fingían hacerlo cuando entré en él por primera vez. Solo encontré á un ratón que roía varios papeles. Era la primera vez que veía un animal de aquella especie; mi corazón palpitó con violencia, y precipitándome sobre él, lo devoré en un instante.

El instinto había hablado.

Desde entonces preveía un medio de vivir; aquel alimento me pareció excelente, por lo que recorrí toda la casa en persecución de todas las ratas y ratones. Al principio hice mi agosto y saqué la tripa de mal año, pero los animalejos asquerosos fueron disminuyendo. Hallábame sin embargo orgulloso con mi independencia, por lo mismo resolví pasar desde el granero á los tejados para buscar caza digna de mi soberbio apetito.

CAPITULO III.

Un encuentro en el tejado.—Mi nuevo amigo.—El almacén de modas.—Primera falta.—La tienda de tabaco.—El billar.—Encuentro acomodo.

Al pasar de un tejado á otro divisé á un gato, que empezó á gritarme apenas me vió:

—¡Miau!... ¡Miau!... ¡Fuuu!... ¡Fuuuuuuuu!

No me dejé intimidar y le respondí en el mismo tono:

—¡Fuuuuuu!... ¡Fuuuuuuuuuu!... ¡Miamiau!... Miamiuuuuuuuuu!

Mi fiera resolución parece que hizo echar al enemigo sus cuentas, y tan decidida actitud contuvo las hostilidades que se presentaban como inevitables. Nos habíamos dirigido algunas bravatas, pero al fin llegamos á entendernos; pronto fuimos los mejores amigos del mundo y se entabló la conversación. Supe que vivía en un almacén de modas, situado en cierto pasaje, que le trataban muy bien y le daban abundantes



Caza del tigre con ayuda de los elefantes.

provisiones de boca, siendo en esto mucho mas feliz que las oficiales del almacen, pues ayunaban de una manera que causaba lástima. La relacion de los gozes de mi nuevo amigo me inspiró el deseo de ser su compañero; asegurado que seria perfectamente recibido, por cuanto no hay gente mas aficionada á gatos que las modistas, y así fué que, llegado el día, me presenté en el almacen, donde la acogida que obtuve me probó que mi amigo habia dicho la pura verdad. Yo era ciertamente muy hermoso, y tan negro desde la cabeza hasta los piés, que hubiera sido imposible hallar entre mi prolongado y sedoso pelo, uno solo blanco. Imposible es que pueda decir hasta qué punto llegaron las caricias, los halagos y los mimos que se me prodigaron; las oficiales disputaban el derecho de tenerme en sus regazos; hacianme jugar con ovillos de hilo, y en una palabra, pasaba una vida agradable, manducando alegremente mi buena pitanza de asaduras, cuando sin la menor premeditacion cometí una falta, que me privó repentinamente de tanta felicidad. Paréceme conveniente consignar que en esto fui aconsejado por mi camarada. ¡Traidor! ¡Conocia las costumbres de la casa y me indujo á faltar á ellas! El hecho es que rabiaba de envidia y queria conseguir á todo trance mi espulsion.

¡Oh jóvenes gatos que leis estas memorias, desconfiad de vuestros falsos amigos, de sus perniciosos consejos y de las sugerencias del amor propio. Por su causa perdí la magnífica posicion que tenia y que tal vez conservaria aun sin mi fatal condenacion. Cierta dia estábamos mi amigo y yo tendidos á la larga, y él, que inspirado por la mas baja perfidia, rumiaba sin duda algun medio de perderme, me hizo observar un gorro de terciopelo con adornos blancos, que una modista acababa de concluir y adornar con una bellísima pluma.

—Atiende, me dijo: aquí eres el predilecto, pues todas te quieren y te acarician; cuando juegas con los ovillos y aun con los patrones, se rien á carcajadas y admiran tu gallardía y ligereza. ¡Cuán grande seria su alborozo si pudieras dar unas cuantas vueltas por el aire á ese gorro! Pero es necesario hacerlo con gracia y desenvoltura, y dudo que puedas...

—Mi amor propio se hallaba ya escitado, y además, engañado por aquel infame, esperaba recibir nuevas demostraciones de cariño. De un salto me planté sobre el gorro, lo tiré al suelo y le sacudí sendos manotazos para hacerle rodar; pero mis uñas se clavaron en el terciopelo, y queriendo desprenderlas de él, lo rasgué en todas direcciones. Aquel juego me entretenia infinito, pero me pillaron á lo mejor de la partida, y en consecuencia fui azotado cruelmente; por último, se convocó un tribunal de modistas, que me condenó á ser entregado al primero que quisiese hacerse cargo de mí.

—Libradme de ese gato maldecido, exclamó la maestra: es muy lindo en verdad, y siento quedarme sin él, pero no puede permanecer aquí por mas tiempo un monstruo que necesita sombreros de cuarenta francos para entretenerse.

Todo esto ocurría en presencia de mi fementido compañero, que se reía á la sordina y me dirigía diabólicos gestos, pasando y repasando su pata izquierda sobre la cabeza en señal de contento. Tratábase entre tanto de ejecutar mi condena; una oficiala me cogió y fué á ofrecerme á varias vecinas, hasta que por fin volvió anunciando que me habia proporcionado albergue en una tienda de tabaco del mismo pasaje.

¡Ah! no pude permanecer en ella dos dias, porque pasaba horas enteras estornudando, y el olor insoportable de la planta nicotiana me trastornaba el cerebro. Deseando ardientemente respirar un aire mas puro, aproveché un momento en que nadie se acordaba de mí, y deslizándome fuera de la tienda, llegué agazapado hasta la calle. Encontrábase pues de nuevo sobre el público empedrado, y caminaba con precaucion arrimadito á las casas, temiendo mojarme las patas y mayando en todas las puertas para que me concediesen hospedaje. Al fin, como en ninguna se apresuraban á hacerme entrar, vi una entreabierta, y así... como quien obra por distraccion, me colé en una especie de sala bastante grande, en la que habia desusado movimiento alrededor de dos hombres, que se divertían empujando con unos palos largos y rectos unas bolas blancas, sobre una mesa con varios agujeros y forrada de paño verde. Al punto noté que el mismo olor de que habia huido me perseguía hasta allí: me hallaba en un billar, y aquello era mil veces peor que la tienda de tabaco, pues no podia respirar. Me atacó repentinamente un estornudo tan atroz, que los concurrentes repararon en mí, y uno de ellos me echó mano, exclamando con júbilo, después de haber admirado mi hermosura:

—Hé aquí mi negocio... y si es buen cazador, le proporcionaré una colocacion inmejorable... será, ni mas ni menos, empleado del gobierno: y diciéndome y haciendo se apoderó definitivamente de mí y me llevó consigo.

CAPÍTULO IV.

Carrera teatral.—Lo alto de la escala.—Me encuentro subvencionado.—Reverso de la medalla.—El último escalon.—Estudios dramáticos.—Primera salida.

Aquel hombre me condujo via recta al Teatro Francés, y al siguiente dia me presentó al comité, que me recibió por aclamacion señalándome de gajes dos sueldos diarios, ó lo que es igual, treinta y seis francos y sesenta céntimos anuales, que el conserje debía convertir en asadura, cordilla ó hígado, á eleccion mia. Por mi parte debía ocuparme en destruir con todo empeño las ratas y ratones que visitan constantemente el almacen de decoraciones y enseres, así como los vestuarios:

Era yo pues un gato subvencionado, y del primer envite habia llegado á lo mas alto de la escala teatral.

Como en el Teatro Francés hay tanta trapería vieja, las ratas no cesaban de acudir al basurero, en el que yo les hacia una guerra desesperada. Hallábase en mi elemento, y merced á mis gloriosas hazañas, podia aspirar á la fama de los Zapirones, de los Micífús y demás héroes de la raza gatuna. No me faltaba, por cierto, terreno en que hacer alarde de mi valor, y á escepcion de dos ó tres apariciones que llevé á cabo en la escena, cuando se representaron la *Ifigenia* y el *Cid*, viví dichoso durante un año, como pensionado del Teatro Francés.

Con todo, llegó á fastidiarme aquella felicidad. ¡Tan inconstante y ligera se manifiesta siempre la juventud! Acosado

secretamente del deseo de cambiar de situacion, mayaba en mis adentros de este modo:

—¡Han de transcurrir eternamente mis dias en este gran desierto, donde vegeto triste y solitario! Aquí me es insoportable la existencia. Mis alimentos, en verdad, estan asegurados; tengo un espacio inmenso para pasearme, y toda la libertad que permiten una colocacion fija ó un destino de planta; ¿pero bastan esas ventajas para mi dicha? ¿No es esta una vida monótona y fastidiosa? Nada nuevo, nada imprevisto... ¡Ah! Mejor quisiera correr por el campo y ver tierras.

Indignado sin duda el cielo de mi inconstancia y de mis quejas, atendió á mis votos por desgracia.

Los empresarios del Teatro Francés concibieron la estrañabólica idea de hacer economías, pues era visible que no podian sostenerse las funciones dramáticas si no se disminuian los gastos. Uno de los reformistas propuso que se me cercenase la mitad del sueldo, lo cual producía un ahorro de diez y ocho francos y treinta céntimos al año. Su pensamiento escitó una oposicion vivísima y fué defendido por muchos oradores, quienes solo cedieron en vista de la oferta, que presentó por escrito mi antagonista, de hacerme reemplazar por su gato, animal mercenario y poco pundonoroso, que se comprometía á desempeñar mi destino por la mitad del sueldo.

Mis defensores se vieron obligados á aceptar, y al través de los cristales de la habitacion del conserje, que me habia dado asilo provisional, tuve el disgusto de ver al intrigante tomar posesion de mi empleo. Abandoné pues el servicio del gobierno, después de un año de fatigas, sin cesantía alguna.

El conserje me propuso, al siguiente dia, á un amigo suyo, quien me acogió con el mayor gusto. Yo no dejaba la carrera dramática, supuesto que mi nuevo amo era un director de escena.

¡Director afortunado!

Nunca disputaba con los actores; sus primeros súbditos no le dictaban leyes, ni le imponian los autores producciones detestables, ofreciéndole otras nuevas, que nunca escriben: en una palabra, era el rey de su compañía, á la que tampoco desunía el amor propio. No pagaba un alquiler capaz de tragarse en un año el presupuesto de dos, ni los honorarios de los demás llegaban á vaciar su caja. Verdad es que sus actores eran de madera y su teatro un gran lienzo pintado y sostenido por cuatro pies derechos, implantados al aire libre en el centro de los Campos Elíseos. Yo estaba destinado á representar el papel del gato del Comisario en el interesante y aplaudido drama intitolado *Polichinela*. De aquí se deduce que desde el punto mas alto de la escala teatral, habia descendido hasta el último escalon. Mi educacion fué larga y difícil, pues era indispensable hacerme adquirir la calma necesaria, cuando Polichinela intenta, en medio de sus exclamaciones *cui, cui*, asesinar al gato del comisario, y enseñarme de memoria la réplica y el momento en que debía, con magnánimo corazón, aplicar mis aceradas uñas al señor Polichinela, armado con su imponente garrote. Era asimismo imprescindible; y la tarea se hacia en extremo difícil, acostumbrarme á recibir los garrotazos sin que me lastimasen, y á no manifestar dolor por los sempiternos *cui, cui, cui*.

Dios solo sabe las correcciones que me costó mi aprendizaje; al fin se me consideró bastante buen cómico para que pudiese *debutar*, como lo verifiqué en uno de los primeros dias de la primavera, ante un público de chiquillos, de niñas y de aturdidos, que se alegraron infinito al encontrar en medio de su paseo un espectáculo *gratis*. Su maniobra para disfrutar de él, sin tener que desembolsar la menor suma, era ingeniosa, y tuve ocasion de observarla muchas veces, mientras sacudia sendos arañazos á derecha é izquierda, contra mi buen amigo Polichinela. Cuando los aturdidos mozalbetes veían que no habia bastante gente para completar la cuota que se proponia sacar el director, permanecian sin entrar, pero atisbando hacia adentro, y solo avanzaban después de llena la suma y luego que se daba principio al espectáculo. Obtuve un éxito sobresaliente y me gustó la carrera, de modo que pasé dos años en compañía de Polichinela, lo que hizo que aprendiese de memoria perfectamente la comedia, en la cual me correspondia uno de los principales papeles. Mi amo solía variarla á su gusto, exornando el cuadro conocido con nuevas alteraciones debidas á su fecunda imaginacion, y permitiéndose además, á fuer de verdadero director, cambiar escenas enteras del manuscrito original. Hé aquí de qué modo arregló la pieza para mi primera salida.

POLICHINELA.

Comedia en un acto sin la mas mínima especie de cuadro.

El teatro no representa cosa alguna.

ESCENA PRIMERA.

POLICHINELA, Y DESPUÉS EL PILLO DE COCINA.

POLICHINELA. ¡Cui!... ¡Cui!... ¡Ay! ¡Ay! Por fin acabo de despertarme y comeria de buena gana todo lo que apetece mi estómago... Precisamente hay abajo una hostería. (*Llamando*). ¡Eh! ¡Eh! Hostalero de Belcebú... ¡Cui!... ¡Cui!...

EL PILLO. Buenos dias, señor Polichinela. ¿Qué se ofrece? POLICHINELA (*dándole garrotazos*). ¡Cui!... ¡Cui!... Hé aquí lo que por ahora necesito.

EL PILLO (*chillando*). ¡Ay de mí!... ¡Ay! ¡Ay! POLICHINELA (*cargando la mano y riéndose*). ¡Cui!... ¡Cui!... ¡Ja!... ¡Ja!...

EL PILLO. Que me matan... Que me asesinan... ¡Socorro! POLICHINELA. ¡Hola! ¿Todavía gritas? (*Rematándolo de tres golpes*). Toma, toma para que lo cuentes. (*El Pillo queda tendido sin vida*). ¡Demonio!... Pues ha muerto... ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué gusto! Así podré hacer mi agosto en la hostería. ¡Cui!... ¡Cui!... (*Vase corriendo*).

ESCENA II.

EL PILLO (*muerto*) Y EL COMISARIO.

COMISARIO. ¿Qué es lo que veo? Un hombre dormido en este sitio! Espera un poco, bribon, y verás cómo despiertas de la borrachera. (*Le sacude con fuerza*). ¡Qué vino tan du-

ro! (*Se inclina y lo reconoce*). ¡Ira del diablo! ¡Es un cadáver completamente muerto!... Por allí va un médico... ¡Eh, doctor! ¡Sacamuelas! ¡Albeitar!

ESCENA III.

LOS MISMOS Y EL MÉDICO.

MÉDICO (*entrando*). Saludem... Saludem pluriman... ¿Para qué me llamis, señor Comisario?

COMISARIO. Para que tomeis el pulso á este difunto.

MÉDICO. ¡Qué horror!... Buenas noches y adios.

COMISARIO (*detiéndole*). Os requiero en nombre de la ley.

MÉDICO. Mi cooperacion es inútil, supuesto que ese difunto está muerto.

COMISARIO. Pero, doctor de Barrabás, ¿no podríamos resucitarlo?

MÉDICO. Eso me parece bastante arriesgado y un si es no es difícil. Sin embargo, haremos la prueba. (*Saca una lanceta y pincha en la nariz al Pillo, quien le sacude un puntapié*). ¡Ah!... ¡Ay!... Ya vuelve en sí. (*Vuelve á pincharle*).

EL PILLO (*estornudando*). ¡Achímm!... ¡Achímmmm!

MÉDICO. Ya tenéis resucitado el cadáver.

COMISARIO. Doctor, sois un gran médico y vais á darme vuestra mano en señal de amistad; ayudadme ahora á llevar á este hombre á mi casa, para que pueda prestar su declaracion. Para que nadie nos incomode, haré que mi gato guarde la puerta. (*Agarran entre los dos al Pillo y se lo llevan*).

ESCENA IV.

POLICHINELA Y LA SABROSA (*muger del pillo*).

POLICHINELA. ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué bien he refocilado la panza! LA SABROSA. ¡Picaro! ¡Ladron! Devuélveme todo lo que has comido.

POLICHINELA. No quiero.

LA SABROSA. Yo te lo sacaré del cuerpo.

POLICHINELA. ¡Cui! ¡Cui! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

LA SABROSA. Llamaré á la guardia.

POLICHINELA (*sacudiéndola*). Toma para la guardia.

LA SABROSA. Y al Comisario.

POLICHINELA (*sacudiéndola*). Toma para el Comisario.

LA SABROSA (*gritando*). Ladron... asesino... favor...

POLICHINELA. ¿Con que no quieres callar? (*Empuña el palo con las dos manos y la zurra en regla*). Toma para que chilles por algo. ¡Cui!... ¡Cui!...

ESCENA V.

Dichos y EL PILLO DE COCINA.

(Mientras Polichinela sacude á la muger, llega el Pillo por detrás de él y le da puñetazos. Polichinela remata á la muger y hace huir al marido: en seguida empuja con su palo el cuerpo de La Sabrosa, que desaparece por escotillon, y se rie á carcajadas.)

POLICHINELA. Esa no se detiene hasta los infiernos. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

ESCENA VI.

POLICHINELA Y EL GATO.

(El primero quiere entrar en casa del Comisario, cuando aparece el gato. Polichinela retrocede, y tomando carrera, salta sobre él y el gato le araña.)

POLICHINELA. ¡Hola! ¡Hola! ¿Buscas tambien cinco piés á los de tu casta? ¡Cui!... ¡Cui!...

(Enzárzase la gresca entre los dos. Polichinela dirige golpe sobre golpe al gato, que no se muestra intimidado y manotea contra su enemigo. Este levanta el palo para sacudirle, pero aquel evita los lances, pasando con ligereza de izquierda á derecha y de derecha á izquierda. A lo mejor de la partida se presenta el Comisario, y Polichinela deja caer el garrote sobre sus costillas. El gato huye.)

ESCENA VII.

POLICHINELA, EL COMISARIO, y después la guardia.

EL COMISARIO (*rascándose*). ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!

POLICHINELA (*riéndose*). ¡Qué gusto! ¡Qué placer!

COMISARIO. ¿Con que eres tú, bribon?

POLICHINELA. Sí, sí, sí.

COMISARIO. ¿Y has asesinado al Pillo?

POLICHINELA. Sí, sí, sí.

COMISARIO. ¿Cómo has podido hacerlo, miserable?

POLICHINELA. ¿Cómo?... Así... así. (*Sacude fuertes garrotazos al Comisario, pero oyense los gritos de este y acude la guardia. Polichinela la emprende con los soldados uno tras otro, y todos van cayendo á su alrededor; él prosigue la faena sin cesar un segundo hasta que mide el suelo sin aliento. El combate cesa por falta de combatientes y cae el telon.*)

CAPÍTULO V.

Pierdo un ojo.—El mercado de los perros.—Me compran por diez y ocho sueldos.—Mi poca aficion á la química.—Salto peligroso.—El canasto de un trapero.—La calle de Mouffetard.—Las tres puertas.—Hospitalidad inesperada.

Segun se ha visto, los garrotazos jugaban el principal papel en la comedia de Polichinela. Desgraciadamente para mí, cierto dia en que mi amo dirigia el brazo de mi amigo Polichinela, me sentó la mano, aplicándome sobre la nuca un golpe vigoroso, que me dejó aturdido. Aquel golpe tuvo para mí consecuencias gravísimas, y sin embargo le soy deudor de la felicidad que hoy disfruto.

No bien recobré los sentidos cuando sentí en la cabeza agudísimos dolores: por fin se me formó una hinchazon en el sitio en que recibí el golpe y poco tiempo después perdí un ojo. Sí: quedé tuerto, y por esta razon puedo releer hoy mis memorias con buen ojo: ruego á mis lectores que hagan lo mismo, aun cuando para obligarles á ello me vea en la precision

de sacarles un ojo con mis uñas... ¡Lo que es el amor propio de autor!

Mi amo, no obstante, se cansó pronto de tener un gato tuerto, que solo veía la mitad de lo que debía ver, y habiendo celebrado consejo con su señora esposa, decidió que se vendiese en el mercado de perros, del cual no se excluye á los gatos. Lleváronme en un cesto tapado, del cual solo salí para pasar al servicio de un sábio viejo, que dió por mí diez y ocho sueldos. ¡Ah! ¡Qué días tan amargos pasé en casa de aquel bárbaro, que no era nada menos que un físico! Ensayó en mí la *máquina pneumática*, pues daba este nombre á un gran globo de cristal, bajo el que creí morir ahogado y renacer después poco á poco, respirando el aire de que se me había privado. Otro día me hizo dar mil saltos, poniéndome en contacto con una *máquina eléctrica*. Yo me tenía por el gato mas infeliz, pero mi desgracia subió de punto cuando al físico se le metió en la cabeza la maldita idea de hacerme mayar á compás. Echó mano á un violín, y sacando varios sonidos del instrumento, me descargó un puntapié, figurándose que yo mayaría en el mismo tono. Confieso que me fué de todo punto imposible darle gusto: irritado mi amo hasta un grado increíble por mi poca disposición para vocalizar, me agarró por la piel del pescuezo gritando:

—¡Bruto!... ¡Animal! Para nada sirves... Vete al demonio. Entonces me vengué de todo el daño que me habia hecho, arañándole la cara. Su cólera no tuvo límites y me arrojó por la ventana. Ya he dicho que era sábio y por lo tanto se deducirá que vivía debajo del tejado, de modo que me hubiera hecho añicos en el empedrado de la calle, á no ser por el canasto de un traperero, en el cual caí por una casualidad providencial. Quedé aturdido; el traperero por su parte me creyó muerto, aunque no podía moverme, le oí pronunciar claramente estas palabras:

—¡Ah! ¡Ah!... Algo es algo... Un gato negro... Venderé su piel á buen precio para una gorra de granadero de la guardia nacional, ó para una de especiero. Pero yo no participaba en manera alguna de su opinion; interesábase conservar la piel, y así, fingiendo que estaba efectivamente muerto, me dejé llevar hasta el fin de una calle muy grande, donde ví á muchos traperos como el que me conducía. Era la calle de Mouffetard; al punto me dió en las narices un nauseabundo olor de cuero, pero hice muy poco caso de él, y cuando me pareció que el traperero estaba mas descuidado, salté del canasto al suelo y me deslicé en un pasadizo negro y sucio.

Aquel pasadizo conducía á una escalera muy deteriorada. Sin detenerme á considerar los terribles estragos del tiempo en los escalones, y siempre atormentado por la idea lúgubre de entrar en la guardia nacional en clase de gorra de granadero, ó en el respetable gremio de especieros en figura de casquete, subí rápidamente hasta el primer piso. Allí hice alto para tomar aliento y para reflexionar acerca de mi posición.

¡Qué suerte la mía tan particular y estraña! pensaba sentado en la meseta de la escalera. Sentenciado á morir á los pocos días de nacer, me libro milagrosamente del suplicio del agua; traqueteado por la desdicha, unas veces feliz, tras infortunado, pero siempre inducido por mi ligereza fatal, por mi constante deseo de cambiar una condición llevadera por otra mil veces peor: víctima algunas veces de la suerte y continuamente de mis propios defectos, héme aquí, á estas horas, sin posición en el mundo, y en la necesidad de aceptar la que la casualidad me presente. ¡Ah! ¿Por qué hice añicos el gorro en el almacén de modas? ¿Por qué concebí el deseo de abandonar el Teatro Francés, donde tan felizmente trascurrían mis días? Héme aquí, repito, en la mitad de mi carrera gatuna, sin colocación, tuerto y afeado. ¿Quién me admitirá ahora? ¿Por qué no he sabido aprovechar las lecciones que me ha dado la desgracia? ¿Por qué no he sabido conservar la dicha cuando la tenía en la mano?

Estas eran las tristes reflexiones que me obligaba á hacer mi situación precaria. ¡Ojalá que los jóvenes gatos que lean estas mal pergeñadas arañaduras sobre el papel, se aprovechen de mis reflexiones, y abandonen para siempre esos instintos de mudar de suerte y esa ligereza de carácter que me fueron tan fatales!

Era sin embargo indispensable tomar un partido; podía subir ó bajar alguno, y como yo no pertenecía á ningún vecino, perseguirme sin piedad é impunemente. Este justo temor aceleró mi decision: así pues examiné con cuidado la localidad, procurando reconocer por algun indicio dónde podría contar con mas probabilidades de ser admitido. Había tres puertas; una á la derecha, otra á la izquierda, y la tercera en el centro. ¿Cuál debía elegir? Mirando y remirando la de la derecha con atención, observé en la madera, á la altura de un gato, varias señales hechas evidentemente por las uñas de algun individuo de mi raza.

—Vamos... pensé; parece que está ocupado el puesto, y nada tengo que hacer aquí. Volvamos hácia la izquierda.

Hicelo así sin perder momento; pero no bien me hube acercado á la puerta, cuando oí en la parte interior unos ladridos que me estremecieron.

—¡Demonio! exclamé: aquí hay perro, y no debe tener un carácter muy amable que digamos, por lo cual no estaré á gusto en su compañía. Solo me resta probar fortuna en la puerta del centro.

Me aproximé á ella suavemente, arrimé el ojo á las hendiduras de la tablazon, escuché con oído atento y no llegó á mis narices el olfato de ningún animal.

—¡Ah! ¡Ah! mayé victoriosamente: este puesto al menos está libre.

Mas al mismo tiempo me asaltó un pensamiento. Si aquí no hay animales, puede consistir en que no los quieran. Tal vez van á recibirme con rúca en mano, como á un perro, lo cual, para un gato de mis circunstancias, será altamente humillante. ¿Qué he de hacer? ¿Arañar la puerta? No... eso es ya demasiado positivo... y parecerá desde luego que pido directamente hospitalidad, en cuyo caso la negativa, si me la dan, ajará demasiado mi orgullo.

Veíame sumamente perplejo, cuando me ocurrió una idea bastante ingeniosa. Decidíme á mayar, dando á mis ecos la espresion mas adecuada para despertar la compasion. De este modo no me dirigía positivamente á persona alguna, y la que acudiese á la meseta se presentaría sin duda con intenciones benévolas hácia mí.

Dicho manejo me salió á pedir de boca, pues la puerta del centro se abrió de pronto, y una vieja exclamó al d. visarme: —¡Cielos!... ¡Qué veo!... Hé aquí la señal de mi ventura. Ven, ven, mimi... ven, Moumoute, que serás bien recibido. Me cogió en brazos y me introdujo en su cuarto. Ya tenía albergue seguro; pero además de no comprender yo el afecto de aquella vieja, ni la alegría que habia manifestado, recordaba las palabras que habian salido de sus labios, y cuyo sentido no me parecía muy claro. Me consideraba como un signo seguro de su felicidad... Pero ¿por qué?... ¿cómo? Esto es lo que veremos en el capítulo siguiente.

(Continuará.)

ENCICLOPEDIA

DE

HISTORIA NATURAL.

Ya en otra ocasion hemos hablado á nuestros lectores de esta obra, que lleva sobre cuantas de su género se han impreso en español, la ventaja de esceder considerabilísimamente á las mas estensas, en noticias y descripción, como que es un resumen de todos los escritos que sobre la ciencia han aparecido hasta el día; de contener la mas rica y mas esmerada colección de láminas que se ha formado nunca; llegando á muy cerca de ocho mil las copias, tomadas todas del original con esquisita exactitud; de salir á luz, en fin, con tales condiciones, que el suscriptor vendrá á tenerla completa, por lo que cuesta una mala edición de Buffon.

Al presente que llevamos ya publicados el tratado de *Aves* (primera y segunda parte), el de *Mariposas* (primera parte) y el de *Cuadrumanos*, es ya ocasion de que con las entregas en la mano, podemos decir sin pecar de inmodestos, que la *Enciclopedia de Historia natural* es una de las obras mas colosales y mas importantes que se han impreso en España.

Va á empezar el tratado de *cuadrúpedos*; á él pertenecen las cuatro láminas que con el título de *Elefantes uncidos*, *Búfalos uncidos*, *Servicio de los camellos* y *Caza del tigre con ayuda de los elefantes*, estampamos como muestra en este número.

ESCENTRICIDAD.

El duque de Wellington ha sido el hombre que tal vez ha dado en este mundo mas apretones de manos: la inmensa popularidad que ha disfrutado en su país, es un hecho indisputable; cuando se presentaba en público, se veía rodeado de entusiastas que anhelaban estrechar su mano, como un favor verdaderamente extraordinario.

Un ciudadano de Londres, á quien dijeron cierto día que el duque debía ir á Totness, se puso al momento en camino para encontrarle; pero habiendo llegado tarde y noticioso de que la hostalera del *Star*, punto en que el duque se habia detenido, habia obtenido el honor de apretarle los cinco, se dirigió á ella y la preguntó si habia dado la mano á otra persona después de haberla unido con la del generalísimo. La buena muger le contestó que no: nunca lo hubiera confesado, pues el ciudadano de Londres se apoderó de dicha mano, apretándola durante algunos segundos con tanta fuerza, que bien pudo ella creer que pretendía arrancársela de la muñeca.

De este modo aseguró el ciudadano de Londres... por segunda mano... un apretón del ilustre duque.

La cama es la delicia de los españoles.

El café disipa los vapores del vino en los alemanes.

El disminuye el mal humor de los holandeses.

Los licores quitan la melancolía á los ingleses.

La limonada templá el ardor de los italianos.

El aguardiente es el elemento de los polacos.

El tabaco la pasion de los turcos.

El hidrómel el néctar de los rusos.

Y una mesa delicada el paraíso de los franceses.

ORDENES RELIGIOSAS.

II.

En nuestro primer artículo espusimos el origen y vicisitudes de las comunidades de varones, reservando para este otro el dar cuenta del mismo modo de las variaciones que han experimentado desde sus primeros tiempos las religiosas.

En medio de la corrupción que se apoderó de la ciudad que habia sido señora del universo, cuando los actos de escesivo libertinaje y del mayor desenfreno eran considerados como meritorios á los ojos de los dioses, cuando los lúbricos adoradores de Venus y los servidores de Baco representaban aquellas escenas de crápula y desenfreno que se miraban como el verdadero culto de sus divinidades, era muy respetada la virginidad. Ni la estraordinaria licencia patrocinada algunas veces por el jefe del Estado, como en tiempos de Neron, ni la creencia de que los criminales tenían tambien sus dioses tutelares (1), ni la adoracion torpe y obscena de Priapo, pudieron destruir el inmenso prestigio que habia adquirido la pureza.

Las vestales, aquellas sacerdotisas predilectas que cuidaban del fuego sagrado, eran veneradas con tanto entusiasmo, que cuando salian en público llevaban lictores, los cónsules y magistrados las cedían el paso, y si encontraban algun criminal que fuera al suplicio, le salvaban la vida. Llegaba la superstición á tal extremo, que creían á las vírgenes capaces de acciones milagrosas. Se aseguraba que habiendo encallado el barco que traía desde Pessinunta á Roma la estatua de Cibele, y siendo inútiles los esfuerzos de los marineros, le llevó hasta la orilla la vestal Claudia, tirando solo con su cingulo (2); y que Tuccia, queriendo probar su castidad, llevó

(1) At, tu quos scelerum superos, quas rite vocasti.

Eumenidas, Caesar.

Lucano, lib. VIII.

(2) Gentis ejusdem Claudia fuit, que navem cum sacris matris deum Ideæ coherentem Tiverino vado extraxit; precatâ promalamut ita demum sequeretur, si ibi pudicitia constaret. Suel. in Tib. C. 2.

agua en una criba (1). Lo que dejó mas impreso en aquel pueblo el respeto religioso para las vestales, fué que, viendo Cecilio Metelo, varon consular, que ardia el templo de Vesta, se arrojó dentro y salvó las cosas sagradas, que las mismas vestales habian abandonado, pero perdió la vista en castigo de su profanacion, como decian.

Hasta en su decadencia conservaron algunas señales del respeto antiguo. En el imperio de Teodosio el Grande y en el de sus hijos se vieron privadas de sus pingües rentas y quedaron sumidas en el dolor y la indigencia, mas no llegó á despreciárselas. La órden, dice el abate Nadal (2), se habia establecido desde la fundacion de Roma, y el aumento de sus distinciones habia seguido los progresos del poder romano; mucho tiempo se habia mantenido esta dignidad, y hasta su ruina fué singular, porque tuvo parte en la ejecucion de los designios de Dios, siendo un suceso que debia dar mas lustre al establecimiento del Cristianismo. Con efecto, fué el preludio de la ruina y dispersion de la mas célebre nacion del mundo, como si hubiese arreglado el destino el curso de la una por la duracion de la otra, y debiese mirarse el fuego sagrado de Vesta como el alma del imperio romano.

Pero no era solo en Roma donde se veneraba la virginidad de las sacerdotisas. La célebre pitonisa de Delfos, que desde su famosa trípode transmitía á los mortales las respuestas del oráculo, necesitaba conservar su pureza (3); porque no era digno que aquellas sentencias que habian de fijar la suerte de los que consultaban, que aquellos vaticinios que pronosticaban la felicidad ó la muerte, se pronunciasen sino por una virgen pura y sin mancha. De este modo santificaban el hecho en medio del paganismo, confesaban la verdad aun en medio de su ceguedad.

En Esparta, en aquel pueblo de guerreros en que las almas parecían del mismo temple que las espadas con que se defendió el paso de las Termópilas, en aquella nacion donde los sentimientos humanos casi se desconocían, donde eran bárbara y traídoramente asesinados los desdichados ilotas, cuyo único crimen era multiplicarse; donde el gemido del tierno recién nacido era su sentencia de muerte, y donde se rasgaba el velo del pudor hasta el extremo de obligar á las jóvenes á luchar desnudas ante numerosa concurrencia, eran respetadas de tal modo las mugeres consagradas á la religion, que se permitía escribir su nombre en la tumba que encerraba sus cenizas, honor reservado únicamente para los que morían en campaña en defensa de la patria.

Si recorriéramos la historia de otros países, veríamos en casi todos ellos la reproduccion de la órden de Vesta. Encontraríamos las bonzas en el Japon, y hallaríamos en el Perú las jóvenes consagradas al Sol. Cuando estas olvidaban sus deberes, cuando seducidas por alguna pasion perdían su pureza, eran castigadas del mismo modo que las sacerdotisas romanas; su seductor era ahorcado, destruida la ciudad donde habia nacido, y maldito su territorio.

Pero no eran solo las sacerdotisas de los dioses paganos las consagradas á aquella falsa religion las que merecian tan señaladas distinciones. Se concedían varias prerogativas á todas las que se conservaban en estado de pureza, siendo una de ellas la de que no pudieran perder la vida de un modo afrentoso, y por esa razon las doncellas cristianas tuvieron que sufrir bárbaros ultrajes de sus verdugos, antes que la segur homicida cortara sus cuellos.

Conocidas ya las verdades del Cristianismo, difundidos los santos preceptos de la verdadera religion, era natural que hubiera muchas jóvenes que desde los primeros tiempos hicieran ese mismo voto, que se presentaba bajo esta nueva forma mas puro, mas noble, mas adecuado á los instintos de los corazones magnánimos, sin esa fastuosa pompa de las vestales, sin ese esclusivismo de los romanos, porque podía profesarse por la mas pobre y mas humilde de la misma manera que por la mas opulenta, sin ese galardón, y sin esos premios que imponían muchas veces costosos sacrificios contrarios al mismo objeto (4).

Las religiosas siguieron los mismos pasos que las comunidades de varones. Su primer estado fué la vida eremítica, y penitente. En el catálogo de las santas se hallan inscritas varias que pasaron su vida en el desierto del mismo modo que los primeros pádres. La formacion de comunidades llegó mas tarde, y algunas de estas nos han conservado la memoria de los primeros tiempos.

La primera noticia que hallamos de monjas en España es el cánón 13 del concilio de Iliberis, celebrado, como ya dijimos, en principio del siglo IV, en el que se previene la penitencia que habian de hacer las religiosas, *Virginibus deo sacratís*, que adulteraren y quebrantaran el voto de castidad que hicieron. No podrá negarse en vista de tan auténtico testimonio que debian ya conocerse hacia algunos años, porque no era posible que el abuso hubiera seguido inmediatamente al establecimiento de la institucion.

Después de esto encontramos el cánón 8 del concilio de Zaragoza, celebrado en 380, en que se ordena que ninguna sea monja profesada hasta que tenga cuarenta años y haga averiguacion de esta edad un sacerdote. A vista de esto no será posible dudar que ya estaba en esta época regularizada la institucion.

En los primeros tiempos se las llamaba vírgenes consagradas á Dios, doncellas de Dios, *Puellas Dei*, y devotas. Eran primeramente, como ya hemos dicho, ermitañas que se conservaron por bastante tiempo á pesar de la formacion de los conventos; pues vemos que en la visita que hizo al monasterio de Santo Domingo de Silos el abad de Cardaña en 1336, se nota que habia ermitañas que tenían las ermitas en los montes cercanos al monasterio (5); tambien habia empareda-

(1) Extat Tuccia vestalis incesta precalio, qua usa aguam incibro tulit, anno urbis 609. Plin. lib. 28. C. 2.

(2) *Historia de las Vestales*. Disertaciones de la Academia Real de Inscripciones. T. II. pág. 507.

(3) Las Pitonisas habian de ser de cincuenta años de edad y tres en número, y representaban alternativamente su papel. Elegíanlas entre el pueblo, pobres, sin educacion, pero vírgenes y de buenas costumbres. Iban vestidas sencillamente y no podían usar perfumes. Tambien habian de ser hijas de legitimo matrimonio. Primero las escogieron jóvenes, pero habiendo sido robada una de ellas por un devoto, cambiaron de idea.

(4) Sandoval, *Monasterios antiguos*, página 25, dice hablando de las monjas. «Húbolas entre los gentiles. Halláronse entre indios. Tuvieron los judios cierta forma de ellas, y así entiendo que las hubo entre los cristianos desde la primitiva Iglesia.

(5) Berganza. *Antigüedades de España*, t. II, pág. 497.

das que eran mugeres reclusas, que por retirarse del mundo se encerraban en su propia casa: y el monasterio citado sustentaba dos.

La formacion de las comunidades no podemos señalarla á punto fijo, pero creemos que data sin disputa desde la mas remota antigüedad.

La forma de dar el hábito antiguamente era muy sencilla. El ceremonial de Silos que la señala, dice que la doncella que deseaba ser religiosa, llevaba el hábito al obispo ó al sacerdote á quien el prelado habia dado facultad para el ministerio, y esparcía sobre él sal exortismatizada, decia una oracion y se le vestía; puesta la novicia en oracion, el obispo ó sacerdote decia unas preces y quedaba concluida la ceremonia. Este ceremonial dice que las viudas tomaban el *maforte*, que segun S. Isidoro, era un paño con que las casadas cubrian la cabeza: y tenian en la comunidad la última grada, á la manera que ahora sucede á las legas.

Antiguamente al tomar posesion de su cargo las abadesas, hacian las monjas un pacto de obediencia, que se escribia y confirmaba después por el obispo, adquiriendo de este modo el carácter de documento público. Tal vez no se crea bastante respetable y fuerte lo prescripto en la regla, y se buscaba una obligacion individual que escusara todo pretexto para la trasgresion.

Las abadesas bendecian y daban el velo á sus monjas, costumbre que, segun algun escritores, se introdujo en Francia por la miseria y carestia de ministros eclesiásticos en que Carlos Martel puso á las iglesias del reino, y que fué prohibida por un decreto que se atribuye á San Entiquiano; pero en España siguió mucho tiempo después sin que pueda justificarse la introduccion de esta costumbre. No menos rara era la



Moumoute.

de oír en confesion á sus subordinadas, lo que se justifica con el pacto de obediencia de las monjas de San Julian de Villagonzalo (8), y con la vida de Santa Burgundunfora que se lee en las actas benedictinas. El papa Inocencio III escribió á los obispos de Palencia y Burgos, D. Garcia de Contreras y D. Tello, para que notificasen á las monjas de sus diócesis que no dieran la profesion y pusieran el velo á sus monjas, que no las oyeran en confesion, ni leyeran y predicaran públicamente el Evangelio.

Celebraban tambien sus capítulos ó juntas generales para tratar de lo que conducia al buen orden, y las que tenian anejos los visitaban é iban por lo regular acompañadas de gran comitiva (9).

En lo antiguo no se guardaba la clausura, y las religiosas salian á la cobranza de las rentas y demás negocios que les ocurrían. Las de los monasterios pobres guardaban menos retiro; pues andaban por las ciudades y villas con título de cuesteras y demandaderas, pidiendo limosna para sus conventos, y algunas veces pasaban de unos reinos á otros, y muchas estaban tan bien halladas con las poblaciones y se fijaban tan de asiento, que no habia modo de hacerlas volver á los monasterios.

La Católica Isabel, aquella magnánima reina que con tanto afán y predileccion atendia á todos los asuntos religiosos, no pudo mirar con indiferencia este abandono, y determinó

(8) Berganza, t. 1, pág. 240.

(9) Saez, *Monedas de Enrique III*, pág. 518, trae las actas un capítulo general.

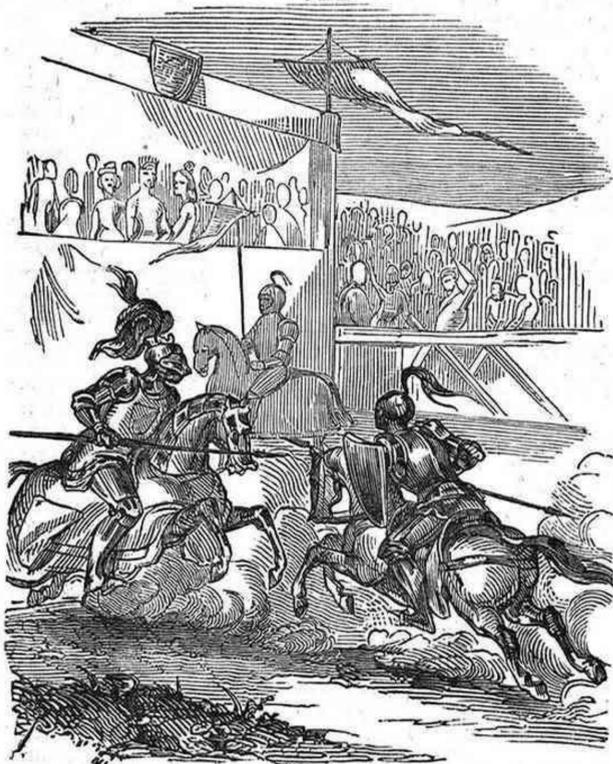
que se observara la clausura; pero como no se hallaba instruida en las reglas, como la costumbre era ya tan poderosa, y como era preciso introducir la reforma de una manera que no suscitara oposicion, se encargó la misma reina de verificarla. Cuando llegaba á una poblacion donde habia monasterios de monjas, tomaba su labor, se constituia en el convento, trabajaba en compañía de las religiosas, las hablaba tan elocuentemente y con tanto fervor y piedad, que al cabo votaban la clausura, y se decidian por el recogimiento (10).

El abuso mudó bien pronto de camino y tomó nueva faz. Ya no salian las monjas de clausura, no andaban en esas largas peregrinaciones, no abandonaban para siempre los monasterios, como antes sucedia, pero relajaban la clausura admitiendo en los conventos ininidad de visitantes que las distraian de los santos ejercicios á que debian dedicarse. Este estado no podia durar mucho tiempo sin que la piedad de nuestros reyes procurara poner remedio. En efecto, varias veces acudieron á los pontífices para que adoptaran disposiciones que pudieran remediar estos males, y se espidieron varios breves que por de pronto procuraban algun alivio; pero volvia á renacer el abuso, que no llegó á cortarse de raíz hasta que Alejandro VII espidió en 30 de enero de 1665 la bula que empieza *In Pastoralis officii*, etc. que formó una verdadera constitucion en este punto.

Desde esta época ya no hubo abusos que remediar, y los monasterios de religiosas siguieron bajo la misma forma y con las edificantes constituciones que hoy se observan.

JOSÉ FERNANDEZ LLAMAZARES.

(10) Riol, *Informe de archivos*, en el t. III del *Semanario Erudito*.



Alina.



Moumoute.

A continuacion ponemos una lista de los materiales que, entre otros, tenemos dispuestos para el trimestre de la LA ILUSTRACION que dará principio en enero próximo. Todos aquellos cuyos títulos anunciamos, están ya prontos para ser sometidos á la censura.

Recuerdos de viaje.
Bebe, con 17 grabados.
Antonio Gallard.
El empleo de las vacantes, con 4 grabados.
Un entierro en París, con 2 grabados.
No hay mal sin remedio, con 2 grabados.
De la condicion de las mugeres en Inglaterra, con 2 grabados.
La Condesa D'Harville, con 24 grabados.
Los aguinaldos de Luciano, con 1 grabado.
Roberto de Viis, con 1 grabado.
Una historia de ayer, con 1 grabado.
El señor de Vaurus, con 3 grabados.
Carlos Linneo, con 4 grabados.
Monsieur de Robineau, con 2 grabados.
Viaje del caballero Conrado, con 2 grabados.
El loco de San Servolo, con 4 grabados.
El retrato, con 4 grabados.
El juicio de Dios, con 2 grabados.
El hotel Soubise, con 2 grabados.
La danza macabria, con 2 grabados.
Alí y Ahmed, con 2 grabados.
Juan, con 4 grabados.
Valentin, con 2 grabados.
La tempestad, con 4 grabados.
La hija de un agente de cambio, con 4 grabados.
Las aventuras de un loco coronado, con 17 grabados.
Un artista en comandita, con 1 grabado.
Una cacería por los niños, con 2 grabados.
Alice y Silvia, con 6 grabados.

El minero de Siljau, con 2 grabados.
El puente de arena, con 2 grabados.
Una alma en un violin, con 2 grabados.
Caza de insectos y mariposas, con 2 grabados.
Los tres parias, con 4 grabados.
El colegial de Tolosa, con 2 grabados.
El pabellon, con 2 grabados.
La caja, con 2 grabados.
¡Si yo fuera rico! con 2 grabados.
Una tempestad en los bosques de Meudon, con 2 grabados.
La eleccion de un amigo, con 2 grabados.
Una reunion en casa de Samuel Thnsson, con 2 grabados.
Recuerdos íntimos del tiempo del Imperio, con 2 grabados.
Una vocacion, con 2 grabados.
La pesca de las perlas en la isla de Zeilan, con 2 grabados.
El espía, con 6 grabados.
Viaje al océano Pacifico, con 2 grabados.
El hijo de un gran ministro, con 2 grabados.
Un jóven de provincia en la Sorbona, con 2 grabados.
Duquesa y modista, con 12 grabados.
El suicidio de un bailarín, con 2 grabados.
El invierno, con 8 grabados.
Escapatorias, peregrinaciones y aventuras de un perro carlino, con 22 grabados.
Los héroes se copian, con 2 grabados.
Una ejecucion militar, con 1 grabado.
La fiesta de los locos, con 2 grabados.
Magdalena, con 9 grabados.
El ladron de la corte, con 25 grabados.
Una belleza fatal, con 6 grabados.
El cisne de plata, con 12 grabados.
El desierto, con 21 grabados.
Rico y pobre, con 24 grabados.
La Santa Capilla, con 2 grabados.

Las pieles rojas, con 13 grabados.
El parisiense en Africa, con 15 grabados.
Aventuras del marinero Van-Arbburg, con 6 grabados.
El pescador, con 7 grabados.
Los dos amigos, con 2 grabados.
La niña y las hadas, con 1 grabado.
Los cisnes blancos, con 7 grabados.
El nido de águila, con 3 grabados.
La señorita de Kerouan.
Egeria, con 8 grabados.
El colegial, con 34 grabados.
El trabajo y la pereza, con 4 grabados.
Enrique el ahorcado, con 2 grabados.
El arriero de Sierra-Morena, con 3 grabados.
La pescadora.
Las tres reinas, con 24 grabados.
El desierto, con 6 grabados.
Memorias del príncipe de Metternich; con varios grabados.
Recuerdos del Directorio, con varios grabados.
Continuacion de los artículos sobre historia y mejoras de Madrid, por D. Ramon de Mesonero Romanos.
Continuacion de las *Revistas de teatros*, por D. Francisco de Paula Montemar.
Continuacion de las *Crónicas de Madrid*, por el Cronista.
Continuacion de las *Revistas de Paris*, por nuestro corresponsal.
Continuacion de los artículos de *Critica musical*, por Don Francisco Asenjo Barbieri.
Continuacion de los artículos de *Critica literaria*, por varios autores.
Continuacion de las *Revistas científicas*, por varios autores.
Un boletín biográfico de las publicaciones mas notables que aparezcan durante cada semana.
Una escogida seccion de variedades.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.